

EL

# CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

---

TOMO DÉCIMONONO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N<sup>o</sup> 4.

1862



# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 469.



Alegoría del año 1861.

**Alegoría del año 1861**; grabado. — **Catalina de Aragon**. — **Caprichos alegóricos**; grabados. — **Las últimas erupciones del Vesubio**; grabado. — **Revista de Paris**. — **Problema**. — **Ascension fotográfica á la cumbre del Monte Blanco**; grabados. — **Un año de matrimonio**. — **Viaje de sir Edmundo Broomley**; grabados. — **La modestia**. — **Suspiros**. — **Ilusiones**. — **Revista de la moda**. — **La Exposicion de Bellas Artes en Florencia**; grabados.

**Catalina de Aragon**

INFANTA DE CASTILLA Y REINA DE INGLATERRA.

POR LA S<sup>ra</sup> D<sup>a</sup> MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Porque el amor es como un árbol : crece por sí solo : hunde profundamente sus raíces en todo nuestro ser, y muchas veces sobrevive verde y lozano en un corazón hecho ruinas.  
Y es lo mas inexplicable que la pasión es tanto mas tenaz cuanto es mas ciega, y nunca es mas sólida que cuando no tiene razon en sí.

(V. Hugo. — *Nuestra Señora de Paris.*)

I.

El día 8 de noviembre de 1501 todas las campanas de las iglesias de la populosa Lóndres tocaban á vuelo, atronando el aire con sus numerosas lenguas de bronce.

El pueblo vestido de fiesta, se agolpaba á las puertas de la antigua y sombría abadía de Wensminster, en la cual tenia lugar una augusta é imponente ceremonia.

El príncipe Arturo de Gales, primogénito del rey Enrique VII de Inglaterra, se casaba con la infanta de Castilla Catalina de Aragon, la hija mas jóven de los reyes católicos Fernando V é Isabel.

La infanta Catalina habia llegado el día anterior á Lóndres, acompañada de una lucida corte de caballeros castellanos y aragoneses y del confesor de la reina su madre, el venerable y justo fray Hernando de Talavera : habiéndoseles reunido en Douvres otro acompañamiento no menos numeroso y brillante de la nobleza inglesa.

Catalina, cuyo carácter era grave y reposado, no se asustó ante el aspecto frio de los caballeros británicos, á pesar de estar criada entre las galantes atenciones de los caballeros que componian la corte de sus padres.

Echó pié á tierra desde su blanco palafren, sin admitir la ayuda de nadie y dió su mano á besar á todas las personas que formaban el cortejo enviado por el rey de Inglaterra.

Acabado el acto, dijo con voz dulce, pero reposada y segura, y en excelente inglés :

— He tenido un placer, señores, en ver en vosotros tan noble muestra de los caballeros que componen la corte de S. M. el rey de Inglaterra, al cual voy á tener tan pronto la dicha de llamar mi padre.

Los caballeros ingleses se miraron aturdidos : apenas podian comprender como una jóven, que apenas contaba diez y seis años, tenia tal fortaleza, tal dignidad y hablaba tan admirablemente un idioma que no era el suyo.

Pero la infanta no reparó, ó no quiso reparar en el efecto que habia producido su corto razonamiento : cubrióse el rostro con el velo y entró en la falúa real que ostentaba los colores de Inglaterra, Castilla y Aragon reunidos.

Nada mas habló ya Catalina hasta llegar al palacio del rey de Inglaterra : estó, acompañado de sus dos hijos Arturo y Enrique, le esperaba en lo alto de la gran escalera de mármol que la infanta subió con paso ligero y apoyándose en el brazo de fray Hernando de Talavera.

Arturo, príncipe de Gales, tenia quince años de edad y su excesiva delgadez y su aspecto enfermizo, no menos que su color amarillento, impresionaron desagradablemente á la infanta Catalina.

Enrique el menor, contaba solo doce años : era mas alto que su hermano, robusto, de cabellos y ojos negros, y color agradable.

A pesar de su corta edad, clavó en su futura hermana una ávida mirada, en tanto que el príncipe de Gales, atento únicamente al continuo y doloroso malestar que experimentaba, apenas le hizo un atento saludo.

— Bien venida seas, querida hija mia, á la casa de vuestro esposo, dijo Enrique VII, á quien el rico dote de Catalina tenia en extremo contento. Príncipe, saludad á vuestra prometida.

A la voz severa de su padre, Arturo se volvió y se acercó cojeando á Catalina.

Entonces, se pintó en los labios de todos los cortesanos una sonrisa nada halagüena, por cierto, para el amor propio de Arturo.

El príncipe llegaba apenas al hombro á su prometida ; y era tal su estado de inercia y de doliente abandono, que á pesar de las órdenes de su padre, no halló ni una sola palabra que decirle.

La familia real de la cual ya formaba parte la hija de los Reyes Católicos, entró por fin por la puerta principal, y la muchedumbre que habia asistido al recibimiento de la princesa, se fué alejando poco á poco.

II.

Al día siguiente, las honradas gentes del pueblo se agrupaban, como ya he dicho, á las puertas de la abadía de Wensminster.

— ¿Visteis ayer á la princesa castellana? preguntaba un jóven mercader á dos mujeres que hablaban muy cerca de la puerta de la abadía.

— Sí, respondió una de ellas.

— Pues yo no : mi mujer estaba de parto y no pude salir : ¿ qué tal es ?

— Muy alta para su edad : gruesa y bastante hermosa.

— Me parece que no debe ser muy amable, añadió la otra mujer : al menos su cara es muy seria.

— ¡ Bah ! ¡ Como no conoce !... ¡ Y al fin la pobrecita es una niña !

— ¡ Es verdad ! Va á cumplir diez y seis años.

— ¡ Ya salen, exclamó el jóven mirando hácia adentro.

— Sí, ahora empezarán á moverse ; pero aun tardarán en salir.

— Decidme, milor, ¿ conservará la princesa de Gales su servidumbre española? preguntó á este tiempo un caballero, que se hallaba en el atrio del templo, á otro noble anciano, que pasaba llevando del brazo á una hermosa jóven, blonda y de tez nevada.

— ¡ Qué disparate ! respondió el interpelado : la servidumbre se marchará al salir del templo.

— ¿ Luego queda completamente la princesa Catalina bajo la direccion y dependencia de S. M. el rey de Inglaterra ?

— Completamente ; segun el convenio celebrado entre el rey Enrique VII y los Reyes Católicos, la princesa debe terminar su educacion en Inglaterra hasta que llegue la época de la consumacion de su matrimonio.

— Que no llegará.

— ¿ Qué decis ?

— ¿ No veis cómo está el príncipe Arturo ? cada día que trascurre es para él un paso agitantado hácia el sepulcro.

— Es verdad, y no sé por qué ha sido ajustado este casamiento.

— Yo os lo diré : ¡ la infanta castellana ha aportado doscientos mil ducados de dote !

— ¡ Qué riqueza !

— Amigo mio, los moros lo han pagado : la reina Isabel ha llenado sus arcas con los despojos de los hijos de Ismael, arrojados á los desiertos.

— Pero si el príncipe Arturo muere como es casi seguro, el rey de Inglaterra tendrá que devolver la viuda y el dote : ítem mas : entonces la princesa por derechos de viudedad, entrará en posesion de la tercera parte de las rentas del principado de Gales y del ducado de Cornuailles.

— ¡ Ah ! repuso el anciano caballero : nuestro rey es muy político y bastante avaro para que deje que suceda nada de eso.

— Mas ¿ cómo podrá evitarlo ?

— No lo sé ; pero estad seguro, milord, de que no sucederá.

— ¡ Padre mio, milor ! exclamó la bella jóven que se apoyaba en el brazo del anciano : ¿ ahora está desposandose la princesa y ya estais vaticinando muertes ? ¡ Si ella os oyera, se asustaría !

— Me parece que no, hija mia : creo que no ha de ser la timidez su defecto capital.

— Yo apenas la ví ayer, observó la jóven : pasaba tan de prisa su litera... y luego como era casi al anochechar...

— Pues abre bien tus hermosos ojos, hija mia, repuso el anciano ; porque viene aquí.

En efecto : no bien habia el anciano pronunciado estas palabras, se abrieron las puertas de la abadía y la régia comitiva empezó á desfilar.

Pasaron primero seis ugieres abriendo calle, porque la multitud se apiñaba ávida de contemplar á los herederos de la corona.

Luego el clero con cirios encendidos.

Despues los obispos y dignatarios de la Iglesia.

Seguian los caballeros de las órdenes nobles y los dignatarios del estado.

En seguida marchaban los caballeros de la Jarretiera, de esa orden tan noble que el número de los que podian usarla no llegaba á veinte, y que entonces estaba muy recientemente instituida.

Detrás de esto iba el príncipe Enrique, duque de York, entre los obispos de Warham y de Rochester : la cola de su manto de terciopelo azul forrado de armiños la sostenia el duque de Sussex, anciano venerable, á cuyo hombro no llegaba la cabeza infantil de Enrique.

Inmediatamente seguian los desposados Arturo y Catalina, príncipes de Gales y herederos del trono.

La princesa no aparentaba mas que sus diez y seis años, no cumplidos todavía, gracias á la regularidad, algo monótona y enteramente destituida de viveza de sus facciones.

A no ser por aquella cualidad que ciertamente no era un encanto, su alta y corpulenta estatura la hubiera hecho aparentar veinte y cinco.

Por lo demás, era hermosa, sin que nadie pudiera negarle con justicia esta ventaja.

Era blanca, con rasgados ojos pardos, como los de su madre, si bien mas melancólicos : sus cabellos negros eran largos y sedosos ; su boca sonrosada tenia una noble expresion de firmeza por su corte arqueado, por la finura de sus labios poco carnosos y por un pliegue formado harto prematuramente en cada uno de sus angulos : su nariz era pequeña y graciosa ; y sus me-

gillas, mas bien enjutas que redondas, apenas ostentaban un débil matiz rosado.

Tal era Catalina de Aragon, la hija mas amada de su padre Fernando V, y tambien la que le era mas semejante en carácter y en figura.

Al verla, adivinabase ya que su alma albergaba una gran fortaleza y que no era fácil que se dejase abatir por lo mismo que no tenia en ella un gran imperio el sentimiento.

Llevaba un traje de brocado de oro, de corte á la española, y tan bordado de flores, de perlas y rubies que apenas se distinguia el fondo de la tela.

Sobre la camiseta que subia castamente desde el cuadrado escote de su traje, hasta abrocharse en su torneada garganta, llevaba innumerables hilos de diamantes y esmeraldas ; y el resto de su pecho desaparecia bajo una infinidad de condecoraciones de órdenes inglesas, españolas y extranjeras.

Sus orejas y sus brazos estaban abrumados de pedrería ; y sus manos, un poco grandes, recogian un manto de terciopelo grana bordado de oro y forrado de armiño, que llevaba sobre los hombros, y cuya larga cola sostenia la duquesa de Norfolk.

Los cabellos negros de Catalina peinados en trenzas, estaban entrelazados con sargas de gruesas perlas ; y llevaba cubierta la cabeza con una gorra de terciopelo negro, bastante alta, bordada de perlas y topacios, y que remataba en su frente, ancha y hermosa, con una corona estrecha de oro cuajada de diamantes.

La régia desposada no iba alegre, ni triste : su fisonomia, siempre grave y tranquila, no reflejaba ninguna emocion : marchaba, con paso lento y magestuoso, entre el rey de Inglaterra, padre de su esposo y situado á su derecha, y el príncipe de Gales, su marido, que le daba la mano.

Catalina era una bella jóven al lado de la noble y austera figura de Enrique VII ; pero junto al hijo de este, tan pequeño, tan débil, tan enfermo, parecia de mas edad, y de una gravedad mas severa y reposada.

El traje de Arturo era de una riqueza admirable ; y tan pesado por la pedrería, de que estaba totalmente cubierto, que apenas dejaba andar al pobre príncipe.

Hubo un instante en que sintiéndose abrasar Catalina por la mano calenturienta de su esposo, la soltó con poquisima ceremonia y con gran escándalo de los que notaron este movimiento.

— ¿ Qué haceis, hija mia ? le preguntó el rey á media voz.

— Señor, respondió Catalina sin bajar el diapason de la suya : ¡ la mano de S. A. quema de modo que no lo puedo sufrir !

— ¡ Ya veis... el placer... la emocion... sois una niña, Catalina ! añadió el rey cambiando de repente de tono y clavando en la princesa sus ojos encendidos de cólera. Y luego, dirigiéndose á su hijo, continuó en voz muy baja :

— Tomad la mano de vuestra esposa, hijo mio : ¡ los príncipes no nos pertenecemos !

Arturo, obediente, volvió á tomar la mano de su mujer ; pero esta dió un tironecito, se puso su guante, que se habia quitado para tomar agua bendita y volvió á presentar á Arturo, no toda la mano, sino solamente la punta de sus dedos.

Arturo, que iba llorando por su dolor al pecho, no se dió por ofendido del movimiento de Catalina : aunque tenia quince años, su carácter y su inteligencia estaban tan poco desarrollados como su cuerpo, y este era tan mezquino que, á pesar de no tener Catalina si no un año no cumplido mas que él, le llevaba toda la cabeza.

Cerraba la marcha toda la comitiva española que habia acompañado á la princesa, algunos nobles caballeros ingleses y las seis damas de honor de Catalina, elegidas entre las jóvenes de mas elevada nobleza.

Cuando la régia comitiva apareció en el atrio, una aclamacion prolongada saludó al rey y á sus hijos.

Enrique VII, cuya majestuosa figura estaba realizada por un traje completamente negro, contestó con afabilidad : sus hijos no respondieron, y Catalina agitó su pañuelo con la dulce gravedad que tanto distinguia á su madre, la gran Isabel primera de Castilla.

Al instante tomaron todos sus literas y sus carrozas doradas : el rey subió en una de estas últimas con fray Hernando de Talavera y en otra los esposos.

El príncipe Enrique ocupó una silla de mano.

Poco tardaron en llegar al palacio : y despues de darle entrada las puertas, se cerraron tras de la régia comitiva.

III.

Las tres de la tarde de aquel mismo día serian, poco mas ó menos, cuando el rey entró en la habitacion de la princesa.

Está, vestida de un traje de seda oscuro y con la cabeza cubierta con una pequeña toca de encaje blanco, segun la usanza castellana, se ocupaba en bordar un tapiz, en el cual apenas habia dado algunas puntadas.

Al ver al rey, se levantó y dió algunos pasos para recibirle con un respeto cariñoso y sincero.

— Tengo que hablaros, hija mia, dijo el rey ; y así haced que nos quedemos solos.

Catalina se volvió é hizo á sus damas una señal para que se retirasen.

Las jóvenes obedecieron al instante.

— Ya estamos solos, señor, dijo la princesa, y podeis hablar con toda libertad.

— ¿ Estamos solos del todo, hija mia ? preguntó el rey mirando á todas partes.

— Completamente solos, señor.

— Bien : escuchad, pues.

Y el rey echó su silla al en que estaba sentada Catalina, no poco admirada de tantas precauciones.

— Ya sabeis, continuó el rey, que al ajustar yo vuestro casamiento con vuestros augustos padres, una de las cláusulas del contrato fué que os habiais de educar á mi lado en tanto llegaba la época de vuestra union con mi hijo.

— Lo sé, señor; respondió lacónicamente Catalina.

— Vos, hija mia, os conformásteis con esta condicion.

— Es cierto, dijo la infanta : porque mi buena madre, olvidando que era reina para pensar solo en la felicidad de su hija, me consultó acerca de mi porvenir, cosa que no hacen comunmente las princesas de su rango.

Enrique VII miró con asombro á la esposa de su hijo : ¿ quién le habia dicho á aquella niña lo que hacian los reyes de la tierra ? ¿ Era que el instinto de su corazon lo adivinaba ? ¿ Era que venia instruida, demasadamente instruida por su esforzada madre ?

El rey de Inglaterra no pudo dar por sí mismo solucion á estas preguntas : procuró que desapareciese de su rostro la admiracion que estaba seguro de haber dejado asomar á él, y continuó su conversacion de esta suerte :

— Es verdad, Catalina : vuestra madre ha dado siempre pruebas de ser, por lo menos, tan gran reina como madre tierna y cuidadosa : y yo, hija mia, que he venido á reemplazarla cerca de vos, yo que os quiero ver dichosa y tranquila, vengo hoy á deciros : Catalina no esperéis de mí ni tiranía, ni duras exigencias.

— ¡ No os entiendo, señor ! murmuró Catalina, fijando con candor sus rasgados ojos en el semblante del rey : no comprendo á V. M.

— Digo, Catalina : que el cumplimiento de la fórmula que me prescribe el terminar vuestra educacion, no puede tener lugar, porque segun he podido colegir en el poco tiempo que hace os tengo á mi lado, estais completa y perfectamente educada.

— ¡ Señor ! murmuró la princesa que no sabia que decir.

— Por tanto, hija mia, no quiero que se os moleste : vivid alegre : cazad, pedid trajes, joyas, caballos, carrozas y mas servidumbre si quereis : sois mi hija : hasta la época fijada para que vivais en matrimonio con el principe de Gales, sois su hermana en el interior de mi casa, ni mas ni menos que lo sois de mi hijo segundo Enrique : dentro de un año, se os señalaran habitaciones mas próximas y dentro y fuera de palacio sereis su esposa legitima.

Catalina se inclinó con las megillas teñidas de rosa por las palabras del rey.

— Entonces, prosiguió este, solo una cosa os pediré : que me deis cada año un robusto principe ; y no puedo ocultaros, Catalina, que una de las razones que me han decidido á solicitar vuestra mano para mi hijo ha sido el haber visto que érais la mas robusta y mejor formada de todas las princesas, cuyos retratos me presentaron.

El rubor de Catalina subió de punto : pero el rey hizo como que no lo veia y se levantó para marcharse.

— Os repito mi encargo, continuó : divertíos, gastad y no temais hacerme gasto : es preciso que vivais como la princesa de Gales que sois desde ayer.

— Señor, repuso Catalina : mis hermanos y yo hemos sido educados por nuestros padres en la modestia y la templanza, y no son mis gustos conformes con el plan de vida que me propone V. M. : amo el retiro y el estudio ; y si V. M. lo permite y mi esposo no se opone á ello pasaré algunas horas del día en mi habitacion y ocupada en las labores de aguja que mi buena madre me ha enseñado.

— Haced lo que gustéis, hija mia, dijo el rey con un violento esfuerzo de su parte para no dejar asomar á sus ojos la expresion del desden : nadie os violentará en lo mas leve : mandad á vuestro gusto y sed feliz.

El rey presentó su mano á Catalina, que la besó con respeto, acompañándole despues hasta la puerta.

Apenas habia desaparecido, un oficial de palacio entró á preguntar á la infanta si podia recibir á los caballeros españoles que la habian acompañado, los cuales venian á despedirse de ella.

— ¡ Oh, si ! ¡ Que entren ! ¡ Que entren ! exclamó Catalina.

Y palpitante, con los ojos animados y llenos de lágrimas, esperó en pié en el centro de la estancia.

Pocos instantes despues, aparecieron á la puerta los castellanos y aragoneses, á cuyo frente iba fray Hernando de Talavera.

— Señora, que V. A. sea muy dichosa, dijo el conser de Isabel la Católica, doblando la rodilla ante Catalina y besando su mano : vuestros augustos padres y yo rogaremos al cielo todos los días por vuestra felicidad.

— Id en paz, contestó la princesa reprimiendo con una firmeza heroica las lágrimas que, cual desbordado torrente, subian desde su corazon á sus ojos : ¡ Dios os acompañe, padre mio, nobles caballeros ! ¡ Y decid á mis queridos padres que, desde el fondo de mi alma, va hacia ellos mi incesante recuerdo ! ¡ Decidles tambien que soy feliz !

Fray Hernando conoció que en el corazon de la infanta habia, si no una pena, al menos lúgubres presentimientos : pero viendo al mismo tiempo que no era ocasion de ser franco y que, por otra parte, habia en su alma una fortaleza que pocas veces le permitia serlo, se retiró para dejar paso á los caballeros de la comitiva.

Estos fueron pasando, y Catalina en pié y pálida, pero con los ojos enjutos, les dió á besar su mano.

De vez en cuando les decia con voz dulce :

— ¡ Id con Dios !

Cuando salieron todos la princesa se arrodilló á los piés de fray Hernando y le pidió su bendicion.

Solo entonces dejó escapar algunas lágrimas : luego se levantó y se arrojó en los brazos del religioso diciéndole :

— ¡ Llevad este abrazo á mis amados padres !

El anciano la estrechó en ellos : y luego salió enjugándose una lágrima.

Cuando la infanta se quedó sola entró en su oratorio : se arrodilló delante de una imágen de Jesus crucificado que coronaba el altar y durante largo rato oró con fervor.

## IV.

Tres meses pasaron con una vida, si bien monótona, feliz para la infanta.

El rey de Inglaterra habia dicho bien : la educacion de Catalina estaba del todo terminada y era tan completa, que ninguna princesa de su tiempo la igualaba en virtudes ni la aventajaba en gracias y habilidades.

Catalina era dulce, firme y modesta : su carácter, dotado de una perfecta igualdad, era adorable, á pesar de ser un poco serio : tachábasela de excesivamente devota ; pero su piedad era tan tierna, tan sincera, tan poco supersticiosa, tan natural en fin, que casi constituia el principal de sus encantos.

El alma augusta de Isabel de Castilla estaba reflejada en su hija Catalina : nada habia de aquella esforzada mujer en su hija mayor Juana, que luego llevó el tristísimo sobrenombre de *la Loca* : cuanta fortaleza, cuanta devocion, cuanta bondad, habia pasado, como una herencia en vida á sus descendientes, la habia reunido la infanta Catalina.

La vida de la princesa era igual todos los días : se levantaba con la aurora y oia dos misas en su oratorio particular : luego tomaba el desayuno y se ponía á leer y á pintar hasta las diez : á esta hora entraba en el tocador, se despojaba de su brial de mañana y sus camareras la vestían un traje suntuoso.

Recibia en seguida la visita de su esposo, cuya habitacion se hallaba situada al otro extremo del palacio, y algunas veces la del principe Enrique que acompañaba á su hermano.

A las once pasaba con Arturo á visitar al rey y almorzaban en familia en la cámara de Enrique VII : á la una salía á dar un paseo en carroza ó á caballo, con los principes y algunos días con el rey : volvía á las tres y se ponía á bordar con sus damas hasta las cuatro : á esta hora pasaba al comedor y tenia lugar la gran comida de familia, á la cual asistian los dignatarios, y á la que nunca faltaban diez ó doce convidados.

Catalina hacia los honores con gravedad y mesura, pero con mucha gracia y amabilidad : ella ponía en el plato del rey los manjares y los trinchaba por su mano.

Acabada la comida jugaba media hora á los dados con el rey, y luego pasaba a una galeria de cristales en la cual para dar gusto al principe Enrique, que era muy turbulento, jugaba con él al volante.

Los tres principes bajaban á los jardines acabado este ejercicio y se paseaban largo rato : al anocheecer se reunian en la cámara del rey que recibia tertulia : Enrique VII obsequiaba á sus hijos y á sus cortesanos con una ligera colacion de dulces y frutas, y luego pasaban todos conversando dos ó tres horas hasta las diez en que servian en el gran comedor una suntuosa cena.

En aquella última comida del día, se sentaban á la mesa las damas de honor de la princesa y los cortesanos de servicio, y la alegría reinaba, sin embargo, en los limites del respeto.

Despues de la cena, solia Enrique VII pedir á Catalina que cantase algun romance castellano, acompañándose con su laud ; y ella, siempre complaciente, accedia al instante, admirando á todos con el hechizo de su voz y de su estilo.

A las doce, cada uno se volvía á su habitacion : el principe Arturo acompañaba á su esposa hasta su cámara : allí le besaba la mano y se iba á su habitacion.

A pesar del débil estado del principe de Gales y de su carácter poco fogoso y profundamente egoista, el rey Enrique VII le vigilaba muy atentamente : en las ocasiones en que podia ó debia ver á su mujer, dos ó tres espías del monarca acechaban sus palabras, sus movimientos y hasta sus miradas ; pero el pobre niño se acercaba al sepulcro tan rápidamente, que ni tenia fuerzas para amar, ni para pensar siquiera en que pudiera ser amado de Catalina.

Entre tanto el corazon de esta permanecia cerrado tambien al amor : bastábale el escribir largas cartas á sus padres y hermanos, el rezar y el cumplir con sus deberes, y ni pensaba en la época, ya cercana, en que debia ser de hecho la esposa del principe de Gales, ni la deseaba tampoco.

Catalina era muy caritativa : y su corazon, sensible y fogoso, estaba lleno con las dulces emociones que sus beneficios le proporcionaban y con el sincero cariño que profesaba al rey Enrique.

Este, por su parte, la llenaba de regalos y joyas : aumentó sus rentas y su servidumbre, y para el cumplimiento del principe, esposo de Catalina, envió á esta un traje tan rico, que su fama voló por toda Europa y su precio pareció fabuloso.

La belleza de la princesa habia cambiado algun tanto : una blanca palidez cubria sus megillas, antes vestidas de un delicado color de rosa : y era que así su cuerpo como su espíritu echaban de menos el radiante cielo de Castilla, y se angustiaban bajo el de la nebulosa Albion.

Mas si era cierto que el alma de Catalina se entristecia por la influencia de aquel áspero clima, era verdad tambien que ni jamás lo dió á conocer á nadie, ni acaso se apercebía ella de tal cosa : la palabra *deber* era para ella omnipotente ; y á sus ojos su deber era no solo mostrarse dichosa sino serlo tambien.

La virtud ejerce siempre un ascendiente irresistible : y esto explica suficientemente el cómo pudo Catalina cambiar en dulce y galante el carácter de su suegro el rey Enrique VII de Inglaterra, que antes habia sido el rudo y belicoso Edmundo Tudor, conde de Richemont, y el que destronó con la mayor barbarie á Ricardo III, legitimo y muy amado soberano del pueblo inglés.

## V.

Era una fria y encapotada mañana del mes de marzo, cuando en un suntuoso palacio de Lóndres se hallaban reunidos tres personajes de elevada clase á juzgar por la riqueza de sus trajes.

Uno de ellos, el mas anciano, vestia una túnica talar de seda negra, y llevaba al cuello una gruesa cadena de oro de la cual pendia una cruz enriquecida con diamantes.

Era el severo y orgulloso arzobispo de Warham.

Los otros dos contaban menos edad.

Llevaban trajes de seda de color claro, con encajes de plata y recamados de rica pedrería : sobre sus suntuosos trajes bajaban los anchos pliegues de sus capas de seda oscura, guarnecidas de piel de armiño.

Era el uno el duque de Sommerset, y el otro el conde de Pembroke, altos dignatarios de la corte de Enrique VII.

Los tres ocupaban un anchuroso y lóbrego salon en cuya chimenea ardia un tronco de encina, cuyas ensambladuras estaban ennegrecidas por el tiempo.

Una luz escasa pasaba á través de las vidrieras de colores, alumbrando vagamente el flaco rostro del obispo y las llenas y línficas caras de los dos nobles.

— ¿ Con que aseguraba vuestra gracia, dijo el conde de Pembroke al obispo, continuando al parecer una conversacion ya empezada, que S. A. R. el principe Arturo está mucho peor ?

— No, milor, contestó el prelado con una especie de cólera nerviosa : no, lo que yo he asegurado es que no vivirá un mes.

— ¡ Vuestra gracia olvida que en la antesala está la servidumbre ! exclamó con terror el duque de Sommerset, que le pueden oír y que...

— Milor, mis servidores son sordos y mudos, respondió el obispo con altivez, ó á lo menos hago yo que lo sean ; ¡ y me extraña que vuestra gracia repare en lo que yo no he reparado !

— Perdonad, milor, y continuemos hablando, que los asuntos de estado bien merecen que nos hagamos superiores á mezquinas susceptibilidades.

— Digo pues, continuó el obispo de Warham, que el principe Arturo no vive un mes ; y digo tambien, sin temor de equivocarme, que el rey tratará de casar á la princesa viuda con su hijo segundo el principe Enrique.

— ¡ Pero, milor, eso no nos conviene por ningun título ! exclamó el duque de Sommerset ; siempre abrigué la esperanza de que la infanta castellana volviese viuda al lado de sus padres.

— Yo no, debo confesarlo, dijo el conde de Pembroke.

— ¡ Cómo ! ¿ pensaba vuestra gracia que la princesa de Gales contrajese un segundo matrimonio con el hijo segundo del rey ?

— Si, señores ; lo pensaba así, porque conozco demasiado el carácter arrogante del rey, y sé que jamás querría devolver el soberbio dote de la infanta : si no tuviera otro hijo, primero se casaría él con ella...

— ¡ Catalina, reina de Inglaterra ! exclamó el obispo : ¡ por cierto, que aunque esposa del heredero de la corona, ahora es la primera vez que veo la posibilidad de que ocupe el trono !

— ¡ Oh y qué reina ! exclamó el duque de Sommerset ; debe parecerse á su madre la varonil Isabel de Castilla : ¡ debe ser ambiciosa, guerrera, fuerte ! ¡ debe ser muy capaz de dominar, pero imposible de ser dominada !

— Por tanto, milores, añadió el obispo, es preciso, ya que no podamos impedirle que se siente en el trono, proveernos de un arma para arrojarla de él á la primera ocasion.

— Confieso, milor, que no entiendo á vuestra gracia, dijo el conde de Pembroke.

— Yo sí, observó el duque de Sommerset, que era mas ambicioso : comprendo perfectamente, y sé que no existe mas que un medio de hacer nuestra el arma temible que necesitamos.

— Uno solo existe en efecto, dijo el obispo con gravedad : y este es el acusarla en su día de una entrevista secreta con el principe Arturo, hoy su esposo.

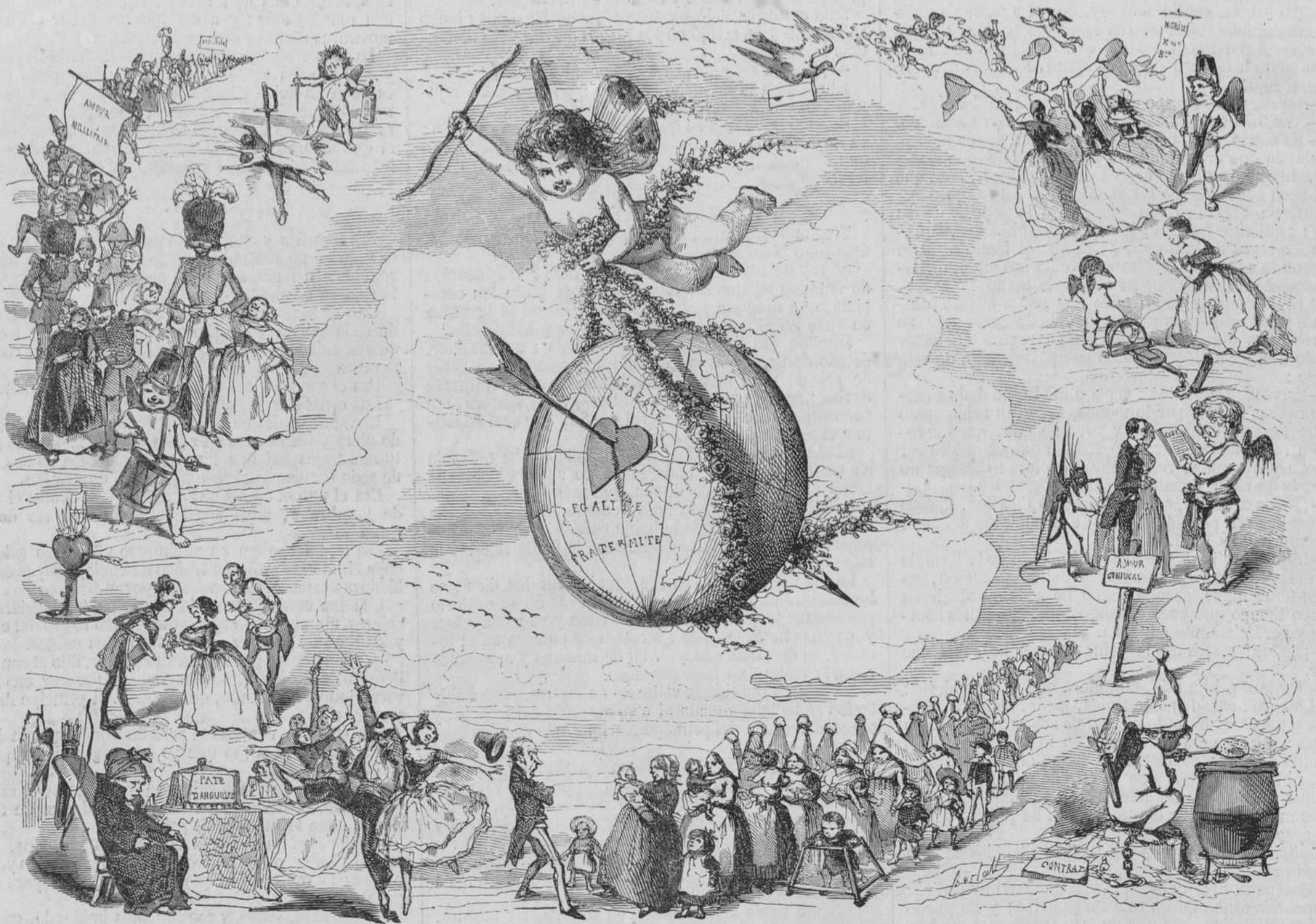
— ¡ Bah ! ¿ para qué ? preguntó con pasmosa inocencia el conde de Pembroke.

— En su día verá para qué vuestra gracia, contestó el duque de Sommerset, cambiando con el obispo de Warham una mirada de inteligencia : ahora es inútil explicarlo.

— Si, añadió el obispo, cuya frente, ancha y amarilla, se hallaba arrugada bajo el peso de graves pensamientos ; ahora, señor conde, son inútiles las explicaciones : solo os he llamado para que me digais si confiáis en mí completamente, y si estais dispuesto, como su gracia el señor duque de Sommerset, á secundar mis proyectos en bien del reino.

(Se continuará.)

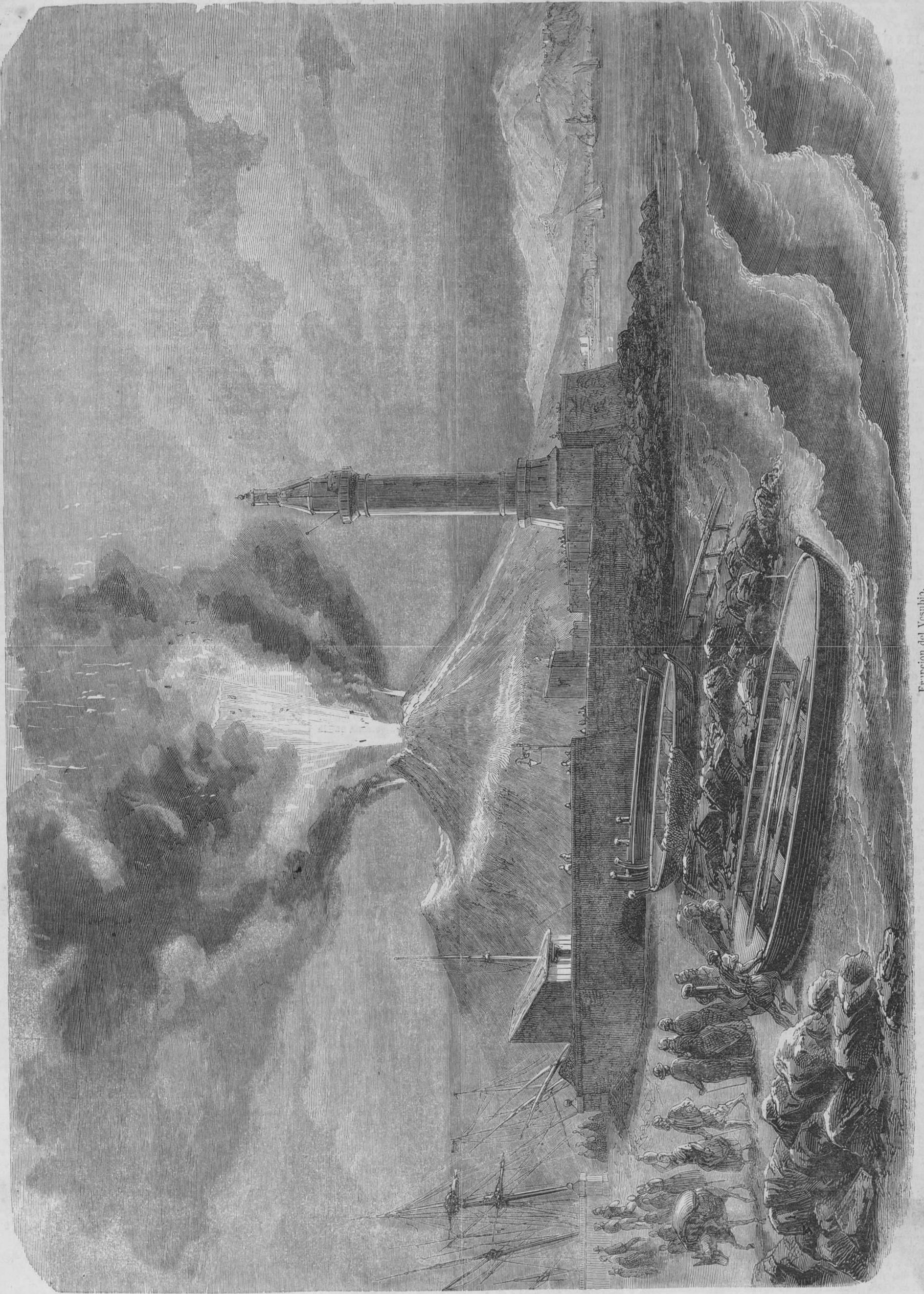
CAPRICHOS ALEGORICOS, POR BERTALL.



El Amor.



El Tabaco.



Erección del Vesubio.

## Las últimas erupciones del Vesubio.

Nápoles 11 de diciembre.

El 8 al medio día y en el momento en que el sol pasaba por el meridiano, se sintieron en la falda del Vesubio repetidas y terribles sacudidas, y la tierra se abrió en diferentes sitios, y los edificios se agrietaron. Se abrió un nuevo cráter a una milla de Torre del Greco, lanzando trozos de lava encendida, y una inmensa columna de cenizas se alzó perpendicularmente en la atmósfera y desviándose en dirección al Sud. Los habitantes de Torre del Greco abandonaron inmediatamente el país, y los presos se aprovecharon del tumulto para huir. La población de Torre del Greco es considerable. Las autoridades y las tropas acudieron al momento, seguidas de un número muy considerable de curiosos. Se cuenta que dos guías, una señora inglesa y dos extranjeros demasiado atrevidos fueron muertos por las piedras candentes arrojadas por el volcan, ó sepultados en la lava.

Se abrieron en seguida cinco cráteres mas pequeños, el principal de ellos en un campo sembrado. La lluvia de ceniza y las tinieblas no cesaron hasta ayer por la mañana. El cráter ordinario ha vuelto en fin á vomitar, lo cual es un indicio de la extinción de los cráteres inferiores.

Durante estas tres noches la población de Nápoles no ha cesado de trasladarse al sitio del siniestro, y las orillas del golfo estaban llenas de espectadores.

El 7, día que precedió á la erupción, se advirtieron variaciones muy caprichosas de la brújula. El fenómeno por otra parte fué acompañado de detonaciones ó estruendos subterráneos parecidos á los del trueno. La columna de cenizas y vapores estaba surcada de descargas eléctricas absolutamente iguales á los relampagos.

Resulta de otro informe del director del Observatorio con fecha del 10, que la erupción del Vesubio iba disminuyendo rápidamente, y que parecía próxima á terminar.

Las bocas inferiores estaban reducidas á pequeñas dimensiones, y la boca principal arrojaba aun humo y ceniza.

En la noche del 12 se advirtieron dos sacudidas muy ligeras de una duración de dos minutos y algunos segundos, y despues apareció la calma que se manifiesta al terminar las erupciones vesubianas. Las sacudidas han sido muy violentas, especialmente en Torre del Greco por la parte del mar. Las casas que se han desmoronado son unas veinte. Aun dura el peligro.

## Revista de Paris.

Estamos en los grandes días del año para los parisienses. Todas las calles principales de la gran ciudad se hallan convertidas en una feria. Todas las tiendas están engalanadas; los periodistas cercenan lo mas posible las secciones recreativas de sus diarios, si no las suprimen completamente, para dar cabida á los anuncios, y por do quiera no está prohibido plantar un cartel, leemos en hojas de todas formas y colores, las seductoras promesas que los industriales de todo género ofrecen á los habitantes de Paris en calidad de artículos de «*étrennes*» para el día de Año nuevo. Hé aquí pues, este primer día del año 1862 que ha pasado como pasan todas las cosas humanas, dejando en pos de sí alegrías y tristezas, deseos cumplidos y esperanzas engañadas. A decir verdad, siempre son mas los desengaños que las satisfacciones en este día fatal en que todo el mundo espera recibir algo. Todo cuanto se hace, todo cuanto se dice se refiere directa ó indirectamente á las «*étrennes*,» asunto palpitante de interés, costumbre que lejos de envejecer, parece lleva trazas de durar tanto como el mundo, á pesar de los sordos ataques y secretas maldiciones de que es objeto por parte de los interesados.

El fin del año es una de las épocas mas favorables para observar á la población de Paris compuesta de tipos tan diferentes. Los curiosos se apiñan en las tiendas de fama, contemplando á la vez las mercancías y los compradores. Estos últimos no dejan de prestar materia á la observación; pues se revelan tales como son en sus compras, en su gusto para elegir las, en sus cuestiones con el vendedor, en cien detalles á cual mas característicos.

Aquí un especulador afortunado no encuentra nada bueno para su esposa «que ya tiene de todo;» magnífico pretexto para no dar nada; allí uno de los elegantes mas conocidos en Paris, penetra en la tienda con aire de importancia, pide que le enseñen lo mas nuevo, lo mas original que hay en la casa, pues quiere hacer un obsequio á una preciosa jóven que recibirá mil regalos de sus pretendientes, y el suyo debe descollar entre todos. Esto lo dice á voces y despues paga con ostentación y sale muy ufano, porque ya ha producido el efecto que deseaba.

Los dulces se venden por arrobas en las confiterías de fama; lo menos que se puede ofrecer es una libra de «*bonbones*» que cuesta 6 y 7 francos; pero la cajita que los encierra puede valer hasta muchos cientos de francos. En buena regla nadie está precisado á mostrarse generoso fuera del límite de sus recursos personales; pero desgraciadamente, los usos de nuestro tiempo y las exigencias siempre crecientes de la época, obligan á los mas prudentes á hacer sacrificios superiores á su condición de fortuna. ¿Quién al presentar á una persona con quien desea cumplir un modesto obsequio, no teme una sonrisa irónica y una respuesta mental que venga á decir esto:

— ¡Miserable! ¡Vaya un regalo!

Porque es de advertir que en ese memorable día, las señoras de la mejor sociedad son las mas exigentes; nada puede saciar su avidez, y solo están contentas cuando sus amigos se presentan á felicitarlas cargados de ricos regalos.

Hemos dicho que una cajita de dulces puede valer muchos cientos de francos, y ha sido poco decir; sabemos quién ha com-

prado en la semana última un jarrón de porcelana de Sevres por cinco mil francos, para regalarle lleno de dulces el día de Año nuevo. Hay casos en que es preciso hacer un obsequio de valor disimulándolo.

Hemos oido hablar de una escena que ha tenido lugar en una platería del Palacio Real la antevíspera del día de Año nuevo.

Un rico banquero salía de la tienda metiendo una cuentecita en su cartera, de la que acababa de sacar algunos billetes de banco, cuando acertó á encontrarse con su señora, á quien dos días antes habia hecho un regalo bastante modesto.

Esta señora le habia estado espiondo hacia algunos instantes á través de los cristales de la joyería, y le habia visto hacer sus compras y dictar el nombre y las señas de la persona á quien las destinaba.

— Vamos adentro, le dijo al marido con tono imperioso.

Y despues, dirigiéndose al platero, añadió con firmeza:

— Tenga Vd. la bondad de enseñarme los objetos que mi marido acaba de comprar.

El platero consultó con una mirada al parroquiano, que bajó los ojos, y obedeciendo á la dama, abrió un estuche que contenía un rico brazalete, una cadena de oro y un alfiler adornado de pedrerías.

La señora se puso el brazalete, se echó la cadena al cuello, se prendió el alfiler y dijo á su esposo:

— Muchas gracias, amigo mio; estas joyas son preciosas y me hacían falta.

Y sin añadir una palabra mas, salió orgullosa de la platería, acompañada del banquero que no se atrevió á desplegar sus labios, pues le habia tocado una mujer terrible física y moralmente, que le habia llevado en dote lo que pesaba de oro, — ¡dote exorbitante!

Otra escena no menos curiosa ha tenido lugar en el salon de una actriz mas afamada por su hermosura que por sus triunfos teatrales.

El día de Año nuevo un personaje de la buena sociedad de Paris, M. X... se presentaba á felicitar á la cómica, y encontraba sobre una consola de su salon un magnífico ramillete de violetas azucaradas de Siraudin, el confitero á la moda, acompañado de una epístola poética.

Los versos consistían, como es de suponer, en una declaración amorosa, que estaba escrita con naturalidad y sentimiento.

M. X... leyó la composición, se enfureció y estaba á punto de arrojar versos y ramillete por la ventana, cuando entró el autor, que era un jóven conocido suyo.

Nuestro personaje le recibió muy mal y le dijo:

— Creo que ha padecido Vd. un error, y me permitirá que se le indique.

— No hay inconveniente, hable Vd., contestó el jóven.

— Sí, señor, se ha equivocado Vd. al enviar aquí este ramillete y estos versos.

— En efecto, repuso el poeta, y voy á rectificar mi error inmediatamente.

Y sacando una tarjeta escribió en ella con lápiz un nombre y las señas de una casa, despues de lo cual añadió:

— Ya que está Vd. de pié, hágame Vd. el favor de tirar del cordón de esa campanilla para que venga un criado. He concluido.

Y leyó el nombre de la señora á quien dirigía ahora las violetas y los versos.

— ¡Cómo! exclamó espantado M. X...; envía Vd. eso á mi...

No se atrevió á decir á mi esposa delante de la persona que le creía soltero.

— Sí, señor, repuso el jóven; quiero hacer este regalo de Año nuevo á una persona recomendable bajo todos conceptos, engañada indignamente y que merece ser vengada.

El jóven saludó y salió, y nuestro personaje se quedó reflexionando en la lección y la amenaza, que acaso lograrán corregirle de su afición á visitar cómicas.

Aunque pocas, hay tambien «*étrennes*» de burla.

En la noche del 31 de diciembre último, una señora que habita en el barrio de Saint-Honoré recibía en sus salones, que son de los mas elegantes de Paris, una sociedad numerosa y escogida.

En una mesa muy grande estaban expuestos ya, como es costumbre, los tributos de Año nuevo, y la señora de la casa habia esperado á que todos sus convidados se hallasen reunidos para quitar los papeles y las cintas á los regalos que llevaban cada uno de ellos la tarjeta de su autor.

Uno solo no tenia tarjeta.

La señora arranca el primer papel que le envolvía y encuentra una segunda cubierta con este letrado: «*Objetos de tocador.*» Descubre su regalo y ve... una cajita de colores.

La aristocrática persona á quien se dirigía este obsequio no es una artista de profesion, si bien posee en grado superlativo el arte de saberse pintar el semblante de una manera maravillosa.

Sobre los anuncios que insertan estos días los periódicos habia para escribir una obra interesante. Todos los industriales cultivan el anuncio, desde el fabricante de cachemiras á 6,000 francos, hasta el vendedor de pañuelos de la India á tres ó cuatro francos; desde la casa de librería mas poderosa de Paris, hasta el editor de almanaques; pero á decir verdad, el que usa y abusa de la publicidad periodística es el confitero, que comprende muy bien cuál es en estos días su importancia. Elijamos en este ramo algunos anuncios, ya que nos sería imposible analizarlos todos.

«*El «bonbon» tiene su distinción, exclama el abastecedor de la nobleza: y es la que le da su calidad superior y el nombre del confitero. Una caja de chocolate, lo mismo que un libro, necesita, para ser apreciada debidamente, la recomendación de su origen. Esto no quiere decir que se acepte lo malo, pero sí dice incontestablemente, que lo que lleva la estampilla de un nombre célebre es bien recibido por todas partes. — Para un regalo hay pocas tiendas, sobre todo de chocolate, donde se puedan comprar bonbones de confianza. La de la calle de... disfruta del favor general hace muchos años, y es probable que le conserve siempre. Desde D... que hacia para el conde de Chambord cuando era niño aquellos monumentos, aquellos cañones, aquellos escuadrones de exquisito chocolate, los recuerdos han*

conservado intacta tan bella fama, y hoy sus sucesores mantienen su casa en primera línea entre las primeras. — No voy á enumerar aquí los objetos de fantasía mas ó menos lujosos que hay en la casa, pues todo está reunido en colecciones; lo que puedo decir es lo siguiente: una libra de pastillas de chocolate en un simple cucurucho de carton liso, tiene todo el valor del nombre de D... rodeado de una celebridad imperecedera.»

Esto dice el confitero del noble faubourg, que inserta su anuncio en la *Gaceta de Francia*, y no en otros periódicos de distinto color político, como si temiera deshonrarse á los ojos de su noble clientela ofreciendo sus aristocráticos productos á los paladares de la democracia.

La casa M..., en la calle Richelieu, advierte al público que acaba de dar á luz una gran novedad, «*el bonbon de los Alpes,*» y le recomienda como el mas á propósito para el teatro.

M. Siraudin, un vaudevillista de bastante fama, que sin dejar enteramente el teatro, consagra actualmente la mayor parte de su tiempo á la dirección de una lujosa confitería que ha establecido en uno de los puntos mas céntricos de Paris, anuncia que sus ramilletes de violetas naturales azucaradas han hecho adelantar considerablemente el arte de la confitería por la senda del progreso. Con efecto, gracias á su invento, una señora puede lucir al entrar en el teatro un primoroso ramillete de violetas de Parma, que la puede servir de dulce distracción durante los entre actos.

Sin embargo, digamos á M. Siraudin que su idea no es tan original como le parece, pues sabido es que en Berlin se hizo años atrás una prueba por el estilo: se imprimía en unas tablillas de chocolate el programa de las funciones de teatro, y este sustancioso periódico reunía tambien, como los ramilletes de violetas, lo útil á lo agradable.

Por estas muestras se conocerá la verbosidad de los confiteros; y ya lo hemos dicho, no hay ramo de industria en Paris que no nos ofrezca en estos días iguales ejemplos de charlatanería mercantil, encaminados todos á llamar la atención de los compradores de «*étrennes.*»

Pero hé aquí para concluir el «*non plus ultra*» del anuncio.

M. de ... (no citamos su nombre porque no es nuestro ánimo hacer en su favor un anuncio gratuito), dice que «*su casa es sin contradicción la primera de Europa*» en su género.

Ahora bien, ¿quién es M. de ... y cuál es su industria?

M. de ... es el «*fundador en Francia de la profesion matrimonial,*» y en esta época del año, ¿qué mejor obsequio se puede hacer á una niña casadera que el de un novio buen mozo, jóven, rico, noble y elegante? M. de ... tiene una colección de pretendientes escogida cuidadosamente, pues como advierte en su prospecto, «*las posiciones de fortunas secundarias no son admitidas en su agencia.*» Su divisa es: «*la moralidad de los actos constituye la salvaguardia del honor de las familias,*» y en virtud de este elevado y digno pensamiento aniquila insensiblemente las preocupaciones que el vulgo conserva aun respecto de la profesion matrimonial, y se conquista la confianza «*de las primeras familias en la nobleza, la magistratura y la alta banca.*»

«*Queriendo poner á salvo la dignidad de su profesion, dice M. de ..., declina toda responsabilidad con los supuestos agentes matrimoniales que parecen surgir por todas partes, y que piensan que el individuo mas vulgar, mas iletrado, puede llamarse negociador entre las familias dándose un título usurpado... Engañar abiertamente es una acción desleal, y M. de ... se considera en el deber de advertir al público contra el charlatanismo que tiende á comprometer la honradez de la profesion matrimonial.*»

Pero ¡oh, desgracia! M. de ..., que hace cuarenta años consagra al público un trabajo incesante, y que gracias á él ha logrado fundar su casa sobre bases sólidas, está á punto de retirarse de los negocios, y no tendrá sucesor!... Hé aquí amenazada de ruina la profesion, hé aquí amenazada la sociedad europea de un vacío que será la desolación de las familias. Su casa era «*un confesionario,*» y asustado con la inmensa responsabilidad que se echaba á costas, no ha querido «*por discreción*» formar ningun discípulo. El célebre negociador podía vender «*su fondo,*» como se dice en estilo comercial, pero nada de eso: «*gabinete, notas, títulos y correspondencias, todo morirá con él, y la profesion matrimonial regentada por tristes nulidades volverá á caer en la infancia y en el descrédito de que la ha sacado M. de ... hace cuarenta años.*»

¿Será escuchada la voz de alerta ó de agonía del gran profesor matrimonial en este año de gracia de 1862? Si no lo fuera, los rezagos, los perezosos, la gente tardía en decidirse no tendrían disculpa, pues M. de ... no se descuida en estos días tan favorables al anuncio de insertar repetidas veces su programa en la cuarta página de los diarios mas acreditados y mas leídos.

MARIANO URRABIETA.

## Problema.

EPISTOLA DE UN DESEÑAADO A UNA NIÑA PEGADIZA.

Por el correo anterior  
Tu carta á mis manos viene,  
Y no sé si ella contiene  
Un favor ó un disfavor.  
Solo sé que la tal carta  
Me ofrece piadoso indulto,  
Y que á vuelta de un insulto  
Mil quejas tu pluma ensarta.  
Dices que yo te engañé;  
Mas ¡ay! te engaña el deseo,  
O yo el engaño no veo  
Ni quién engañado fué.  
Ilusión engañadora  
Fuera tratar de engañarte  
A tí, cuya industria y arte

Fué engañar á toda hora.  
 Entre engañosos hechizos  
 Vas tendiendo, segun puedes,  
 Las negras, astutas redes  
 De tus amores postizos.  
 Y con fingidos amaños  
 Y encubiertos devaneos,  
 Vas fomentando deseos  
 Do quier que siembras engaños.  
 Ojos que no te miraran,  
 Oídos que no te oyeran,  
 Tus falsas quejas creyeran,  
 Tus denuestos escucharan.  
 Mas quien vió, como yo vi,  
 Y escuchó, cual yo escuché,  
 Ni tiene fe ya en tu fe,  
 Ni busca lealtad en tí.  
 Si siempre fué de la ciencia  
 La experiencia madre, yo  
 Te aseguro que ya no  
 Puedo carecer de ciencia.  
 Curso fué mas que científico  
 Tu coquetismo satánico;  
 Tu amor me infunde tal pánico  
 Que es para mí un específico.  
 Ya tu esquivar no me apura,  
 Ni me exaltas, ni me enciendes;  
 Cuando agravarme pretendes  
 Yo me voy poniendo en cura.  
 Si persistente en tu idea  
 Me hablas de amor, de idealismo...  
 Suelo decirme á mí mismo :  
 «No es mal tonto el que te crea.»  
 Si con gran desembarazo  
 Tu sonrisa me provoca,  
 Miro que es lazo tu boca  
 Y huyo lejos de ese lazo.  
 Lo mismo me da que ostentes  
 Falsas penas que alegría,  
 Sé muy bien, querida mia,  
 Que finges lo que no sientes.  
 Por el metálico son  
 Perdiste ha tiempo tu calma,  
 Chispas enciende en tu alma  
 Solo el dorado eslabon.  
 Si de comer y vestir  
 Te dan, y lujo y placeres,  
 Eres cera, nieve eres,  
 Que se empieza á derretir.  
 Mas ¡ay! si algun bonachon  
 Te hiciera su tesoro...  
 Zarza serás, y él cordero  
 Que en tí deje su vellon.  
 Despues que con negro amaño  
 Dejes al triste por puertas,  
 Le armarás cien mil reyertas  
 Y te llamarás á engaño.  
 Tal es, mujer, tu pasion  
 De infausta y cruel memoria;  
 Tal es, en globo tu historia,  
 Y tales tus artes son.  
 Mas yo que tu industria ví  
 Y estoy harto de tus dengues,  
 No me opongo á que te vengues  
 Hablando pestes de mí.  
 Ya se acabó el toma y daca;  
 Si la casaca es tu vida  
 Debes vivir advertida  
 De que no estoy por casaca.  
 No es esto decir que yo  
 Haya de ser tan bolonio  
 Que deteste el matrimonio  
 Que Dios mismo instituyó.  
 Tal vez suceda que un dia  
 Agotada mi paciencia,  
 Trate de hacer penitencia  
 En la santa cofradía.  
 Mas entonces cuidaré  
 De tener tacto, buen ojo,  
 Y ver si mujer escojo  
 Que me idolatre con fe.  
 Mujer que su amor me ofrezca  
 Y con él paz y sosiego;  
 Mujer, por decirlo luego,  
 Que en nada se te parezca.  
 Con esto no hay que advertir  
 Que será modesta, honrada,  
 Buena, desinteresada,  
 Y de fácil avenir.  
 Que en su noble corazon  
 Abrigará el sentimiento  
 De que es la virtud aliento  
 Y vida de la creacion.  
 Si alguna vez esa perla  
 Llego á encontrar á mi paso,  
 Te aseguro que me caso

Apenas consiga verla.  
 Tú entonces, llena de celos,  
 Con tu natural descoco,  
 Llamándome necio y loco  
 Pondrás el grito en los cielos.  
 Dirás que soy una veleta,  
 Y aunque con ciencia te arguya  
 No dirás que es culpa tuya  
 Por haber sido coqueta.  
 Haz lo que gustes, yo en tanto  
 No desisto de mi intento,  
 Aunque des furiosa al viento  
 Tus palabras y tu llanto.  
 El mas inmenso favor  
 Que puedes hacerme ahora,  
 Es llamar-mi fe traidora  
 Y mi cariño impostor.  
 Mucho mas que á tus rigores  
 Temo á tu eterno artificio :  
 Para mí son un suplicio  
 Tus estudiados favores.  
 Tira pues por donde quieras,  
 Charla mucho, grita gordo;  
 Yo estoy mudo, ciego y sordo  
 Para niñas bachilleras.  
 Y ya mas cauto, prudente,  
 Y haciendo *fú* como el gato,  
 Donde me aprieta el zapato  
 Conozco perfectamente.  
 Tu lengua se ha convertido  
 En esquilon de villorrio,  
 Y está tocando á bodorrio  
 Y repicando á marido.  
 No importa; entre tanto yo  
 Que afecto á las letras soy,  
 En premio á tu afan te doy  
 Una *N* y una *O*.  
 Si sabes, niña, leer,  
 Si al fin mi intencion penetras,  
 Haz que juntas esas letras;  
 No nos volvamos á ver.  
 Y pues sus mañas te dió,  
 Sentencie al fin Belcebú  
 Si la engañada eras tú,  
 O el engañado fui yo.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

### Ascension fotográfica

A LA CUMBRE DEL MONTE BLANCO POR MM. BISSON HERMANOS, FOTOGRAFOS DEL EMPERADOR. — PANORAMA DEL MONTE BLANCO, TOMADO DE LA CUMBRE DEL BUET. — PANORAMA DEL MONTE ROSA.

La fotografía, esa maravillosa conquista de nuestro tiempo, es á la representacion de los objetos lo que la imprenta á la reproduccion de las ideas. De dia en dia va extendiendo su dominio y multiplicando sus imágenes. Todo el universo creado está á su discrecion, y para saciar su furor de reproducirlo todo, emprende viajes lejanos, atraviesa los mares, escala las montañas, y subiria en globo si preciso fuera. — Entre los mas ardientes investigadores, los hermanos Bisson han cobrado fama hace ya tiempo. Son bien conocidas las hermosas vistas que han publicado de los altos Alpes de la Suiza, de la Saboya y de sus ventisqueros, las cuales forman ya una numerosa coleccion que acaba de enriquecerse con otras vistas no menos notables sacadas en las excursiones hechas en 1861 por el lado del Monte Blanco y del Monte Rosa.

M. Bisson habia hecho ya varias tentativas infructuosas para trasladar sus aparatos á la cumbre del Monte Blanco, de donde habia sido rechazado por el mal tiempo. Sin embargo, las fatigas y las penalidades no pudieron quebrantar la obstinada resolucion del valeroso fotógrafo, y el 22 de julio último se puso en camino con toda una caravana de veinte y cinco mozos experimentados. El famoso guia Augusto Balmat era el jefe de la expedicion. La ascension que intentaban era la 5ª del año y la 77ª contanto desde la primera que fué llevada á cabo con tanta intrepidez en 1786 por otro Balmat (Santiago), muerto despues en edad muy avanzada sobre el campo del honor, es decir, en el fondo de un ventisquero.

Uno de los grabados que acompañan á este artículo reducido sobre una inmensa prueba fotográfica de los hermanos Bisson, pone á la vista el camino que conduce de Chamonix al ventisquero de los Bossons, uno de los sitios mas pintorescos que debió atravesar la caravana antes de comenzar la ascension.

Siguiendo la costumbre, hicieron alto para almorzar al cabo de algunas horas en la *Piedra de la Escala*, grueso peñon designado así porque en él guardan la escala que sirve para atravesar las grietas del ventisquero. Aquí comienza la parte peligrosa del viaje. Se penetra en medio del inmenso ventisquero de los Bossons, cuyos aproches están defendidos por una doble artillería alpestre de las mas temibles: por una parte piedras que se desploman á cada momento de las escarpadas alturas del diente del Mediodía, y por otra un ventisquero que frecuentemente hace avalancha sobre la cuesta por don-

de deben pasar los viajeros. Estos obstáculos fueron salvados así como los accidentes insuperables en apariencia del ventisquero, y la caravana se instaló para pasar la noche en uno de los peñones (llamados los *Grands-Mulets*) que salen del mar de Hielo, donde se ha construido una cabaña. Un cohete anunció la feliz llegada de los viajeros. Pero al otro dia las nieblas interceptaron la vista de Chamonix. El 24 á las dos de la madrugada continuaron la marcha, y despues de haber subido interminables cuestas de nieve y de hielo, la caravana, al llegar al *Grand-Plateau*, al pié del domo del Monte Blanco, hubo de sufrir una tormenta de nieve y de granizo. Tuvieron que levantar á toda prisa la tienda para depositar en ella los aparatos, y se volvieron á los *Grands-Mulets*. Pero hé aqui que la cabaña estaba ocupada por tres ingleses y cinco guías, lo que formaba un total de muchos viajeros para un abrigo tan reducido. Pasaron el 25 en una inaccion forzosa. A las doce de la noche el barómetro prometía un cambio de tiempo favorable, y continuando la ascension el 26 á las ocho de la mañana llegaban por fin á la cumbre del Monte Blanco. Pero los mozos, rendidos de cansancio ó indispuestos, no podían hacer servicio alguno, y únicamente Balmat ayudaba á M. Bisson. Por otra parte las operaciones tropezaban con obstáculos imprevistos. Entre otros, la lámpara de alcohol, por causa del enrarecimiento del aire, no suministraba un calor suficiente para derretir la nieve con prontitud y procurar el agua que se necesitaba. M. Bisson logró sin embargo sacar la estampa del caos de montañas en la direccion del Monte Rosa, cuyo dibujo reproducimos. En otro curioso cliché tomó la vista del *Domo del Gouté*, casco de hielo inferior á la cumbre del Monte Blanco y que domina el *Grand-Plateau*; aquí se distingue la línea de los mozos que suben las cuestas de nieve, y á la izquierda el último de los peñascos de los *Grands-Mulets*. Damos tambien esta vista reducida.

Todo el que pasa un dia en Chamonix no deja de dirigirse al Montanvers para ir á contemplar el *mar de Hielo*. Antes de aventurarse en medio de esas olas heladas, el viajero descansa algunos momentos en una posada situada á unos 2,000 metros sobre el valle, y que dominan las graníticas agujas de los Charmoz. Publicamos igualmente esa vista copiada en menores proporciones de la fotografía de M. Bisson, con otra mucho mas importante, la del mar de Hielo, tomada de la Flegere, montaña que le hace frente por el otro lado del valle. La parte cubierta de vegetacion, á la derecha en primer término, es el Montanvers; y los peñones escarpados que se destacan en el fondo son los Jorasses. Al extremo de ese ventisquero se abre sobre la izquierda un circo de rocas y de ventisqueros, en medio de los cuales está situado el *Jardin* de que se hablará mas adelante.

De lo alto de la cumbre del Monte Blanco M. Bisson habia podido dominar con la mirada todos los picos vecinos de los Alpes; pero ahora deseaba contemplar el coloso en su imponente majestad. Para lograrlo, podia trasladarse á la cumbre del Brevet que le hace frente, y se eleva al Norte detrás de Chamonix, mas como ese lugar de observacion está únicamente separado del Monte Blanco por la anchura del valle, el campo natural de la vision no permite abrazar todo el vasto promontorio. Otro monte, el *Buet*, mas apartado y al nordeste del primero, ofrece un observatorio mas alto y favorable. El Buet presenta cuestas formidables cubiertas con un casco de nieves eternas, y durante largo tiempo no ha sido visitado porque se halla entre varios valles salvajes. Pero en el dia es objeto de muchas excursiones. Algunos dias despues de haber bajado del Monte Blanco, M. Bisson salió de Chamonix con el fiel Balmat y ocho mozos. La caravana pasó la noche á la falda del Buet en un abrigo construido en un sitio designado con el nombre de la Piedra de Berard, y allí sufrió una fuerte tormenta. Sin embargo, por la mañana el tiempo permitió que se verificase la ascension. Desgraciadamente la cordillera del Monte Blanco estaba velada de nubes, y M. Bisson esperó vanamente un momento claro. Por fin, á las cinco de la tarde se resignó á bajar á uno de los referidos valles salvajes y que se extiende al pié del revés del Brevet, donde en las pobres casitas rusticas de Villy hubo que contentarse con una cama de paja y algunos alimentos de leche. Toda la noche duró la tempestad, mas al amanecer el tiempo se aclaró; subieron de nuevo, y M. Bisson pudo obtener dos clichés que tienen juntos 80 centímetros de largo, y producen el panorama mas espléndido de toda la cordillera del Monte Blanco que pueda imaginarse. El dibujo reducido y grabado que acompaña permitirá formarse una idea de ese maravilloso espectáculo, no obstante que ha debido sufrir la supresion de esos millones de detalles que la fotografía analiza con minuciosa é inexorable exactitud. Nada de lo que se ha hecho hasta ahora con el lápiz puede compararse con esto. Gracias á MM. Bisson hoy se puede contemplar el prodigioso conjunto de la cordillera del Monte Blanco vista por su lado Norte, que es el mas pintoresco.

De la cumbre del Buet M. Bisson bajó al *valle de Siart*, y la estampa de este hermoso valle vino á aumentar la preciosa coleccion, que se ha enriquecido tambien con una serie de vistas tomadas sobre los ventisqueros del *Monte Rosa*. Todas estas imágenes tan claras y precisas se esparcen por todas las partes del mundo, y se hallan destinadas á satisfacer completamente la curiosidad pública excitada por las descripciones de los viajeros.

LA CUMBRE DEL MONTE BLANCO.

La cumbre del Monte Blanco se encuentra á 4,810 metros sobre el nivel del mar, y forma una arista toda cu-



Los Bossons, camino del Monte Blanco.



Ventisquero del Tulafre y Jardin.

VISTA TOMADA DE LA CUMBRE DEL MONTE BLANCO.

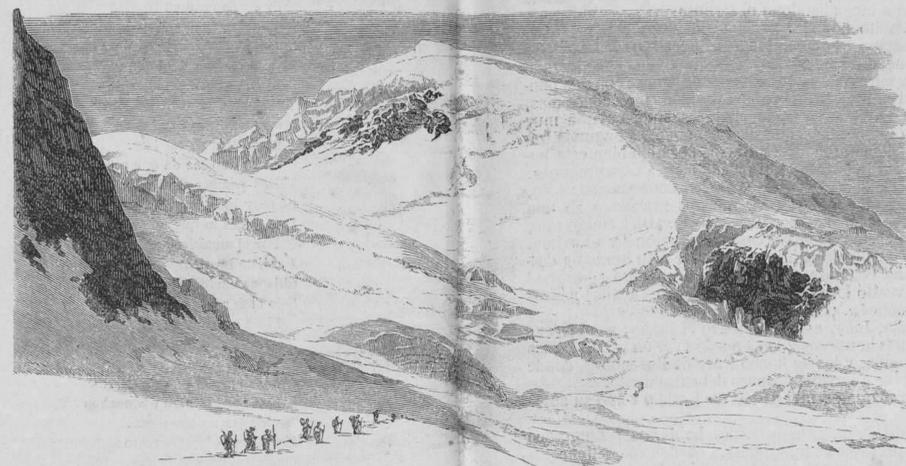
Grandes Jorasses.



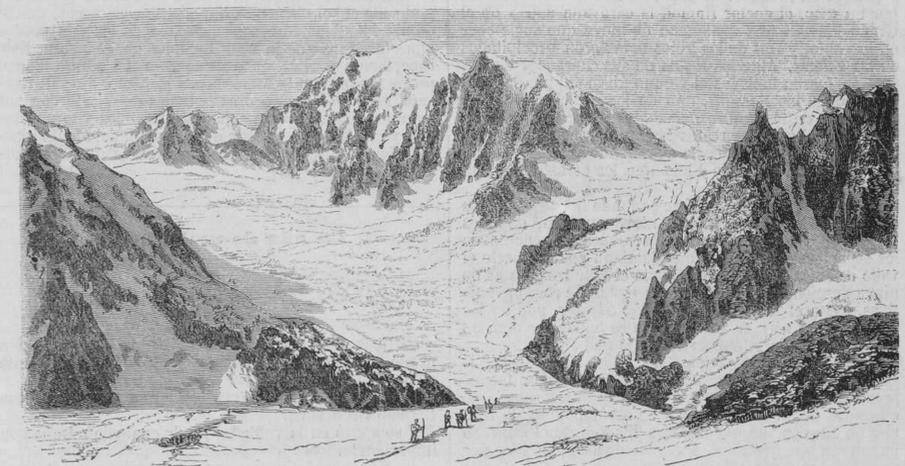
El Montanvers y las Agujas de Charmoz.



El mar de hielo, vista de la Flegere.



Ascension al Monte Blanco salida de los Grands-Mulets.



El Monte Blanco, visto del Jardin.

Aguja verde (4,081 metros).

Aguja del Dru.

Grandes Jorasses.

Aguja del Gigante. Aguja de Charmoz.

Monte Maldito.

Cumbre del Monte Blanco (4,810 metros).

Domo del Gouté.



VISTA PANORAMICA DE LA CORDILLERA DEL MONTE BLANCO, TOMADA DE LO ALTO DEL BUET.

Cordillera de las Agujas Rojas.

Brevent.

bierta de nieve cuya anchura parece ser variable, pues M. de Saussure, el primero que subió á ella (1787), la encontró tan estrecha y cortante, que dos personas no podían caminar de frente, lo que no supone una anchura de más de 1 metro, en tanto que MM. Bravais, Martins y Le Pileur, en su ascension efectuada en 1844, hallaron que tenía una anchura de 5 á 6 metros. Esta diferencia se puede explicar por la aglomeracion de la nieve sobre los flancos de la arista. La forma de esas altas cumbres se halla sometida á cambios perpetuos por causa de las variaciones y del antagonismo de las circunstancias meteorológicas: unas veces la nieve cae y se amontona ó las nubes se condensan bajo forma de escarcha; otras los vientos impetuosos barren la superficie y levantan torbellinos de nieve; así como ocurre tambien, que bajo la accion de ciertos vientos, esa nieve levantada é impelida horizontalmente, traza en el aire un largo rastro blanco, comparable al del humo que deja en pos de sí un barco de vapor visto á lo lejos en el mar. Cuando esto sucede, los montañeses dicen que está fumando su pipa el Monte Blanco. De todas las altas crestas contiguas parten igualmente columnas de nieve en polvo, que las personas que ven por primera vez estos fenómenos, toman por nubecillas.

Al N.-N.-O. la arista de la cumbre del Monte Blanco está limitada por una inmensa cuesta de nieve de 40 á 45 grados de inclinacion, que desemboca 800 metros más abajo en el Grand-Plateau, donde MM. Bravais, Martins y Le Pileur establecieron su tienda que tuvieron que abandonar durante cerca de un mes á la accion de los huracanes y de las tormentas, y que al cabo de ese tiempo vinieron á encontrar desfigurada y medio sepultada en la nieve. En 1820, en una ascension hecha por un ruso, el doctor Hamel, la caravana sufrió en el Grand-Plateau una avalancha de nieve que suele caer en ese sitio, y tres de los guías perecieron precipitados en las grietas. Algunos restos de sus cuerpos y de sus vestidos fueron hallados el verano último al pié del ventisquero de los Bossons, uno de los principales de los que bajan de la cumbre del Monte Blanco al valle de Chamonix. Los tales restos habian tardado cuarenta y un años en bajar esa cuesta caminando al través de mil obstáculos con el rio de hielo que les arrastraba en su movimiento.

Por el lado del Sur la arista se funde insensiblemente con una meseta cubierta de nieve tambien, de unos 100 metros de anchura, que desemboca de repente en los espantosos precipicios que dominan por esa parte el valle de la Avenida Blanca. Hacia el Este las cuestas de nieve descienden á través de las agujas de rocas graníticas, hasta el vasto ventisquero del Gigante, uno de los afluentes del mar de Hielo, como se puede ver aquí en la vista reducida y tomada de abajo (del Jardín).

Después de haber vencido las dificultades, los peligros y fatigas de la ascension, el viajero, más ó menos predispuesto á la síncope que se hace sentir á semejante altura, al llegar á la cumbre de esa montaña, la más alta de Europa, se queda maravillado ante el inmenso panorama que descubre. Espectáculo deslumbrador por su extension y sus infinitas complicaciones, espectáculo terrible que destruye todas las ideas de proporciones, que nivela y rebaja las grandezas más formidables y parece decir á los picos más inaccesibles: ¿porqué tenéis orgullo? y al hombre: ¿qué llamas tú grandeza ó pequenez?

Al Norte el horizonte está limitado por la cordillera del Jura, y las alturas más imponentes son: las agujas del Reposoir y de Varens, más arriba de Sallanches; la cordillera calcárea de los Fiz; la nevada cúpula del Buet; el diente del Mediodía de Bex, que tiene 3,500 metros de elevacion, y los Diablerets. La vista más hermosa está por el lado de Italia: volviéndose hacia ese lado meridional, el espectador distingue todo un caos de montañas. A su derecha están las del Delfinado, entre las cuales se pueden reconocer el diente de Nivolet; el Grand-Som, más arriba de la Gran Cartuja de Grenoble; Belle-donne; los Rousses; luego el enorme promontorio del Meidge, del Arsine y del Pelvoux (4,105 metros), que eran los montes más altos de la Francia antes de la reunion de la Saboya, que ha dado á los franceses el Monte Blanco por frontera. La vista, dirigiéndose siempre de derecha á izquierda, descubre á la prodigiosa distancia de 130 kilómetros la hermosa pirámide del Viso (3,360 metros), que domina la cordillera de los Alpes y separa la Francia de los llanos del Piamonte, á la altura de Brianzon. Un inglés ha subido el año pasado á esta montaña inaccesible hasta ahora. Luego, acercadas por la perspectiva, se alcanzan sucesivamente: la Roche-Melon, montaña cónica que se halla á 3,542 metros más arriba del paso del Cenís; la Levanna y el Monte Paraiso, situados entre el valle de Aosto y Turin. Por fin, la vista encaminada en la direccion del Este se extiende sobre la larga cordillera de los Altos Alpes, que se prolonga entre el Monte Blanco y el Monte Rosa, esos dos colosales rivales que se miran á través del espacio por encima de las cabezas de los demás gigantes. A la izquierda del Monte Rojo se destaca en el cielo la alta pirámide del Cervin (unos 4,500 metros), y á su izquierda está la del Weisshorn dominando entrambas el valle de San Nicolás.

Entre este lejano promontorio y el Monte Blanco, en medio de un caos de picos y de ventisqueros, se distingue el Monte Velan (3,792 metros), situado cerca del Gran San Bernard. Finalmente, más próximos aun, y formando parte del promontorio del Monte Blanco, se elevan las agujas de los Jorasses, de un aspecto tan formidable, que caen á la derecha en precipicios abruptos sobre la garganta Ferret, y á la izquierda tocan á un circo granítico erizado todo él de ventisqueros, y en

cuyo centro se distingue, en medio de una blanca llanura formada por la nieve del ventisquero del Tulafre, una pequeña mancha triangular que es el Jardín, ó Courtil en el dialecto saboyano, bonito nombre que ha sido dado en esa horrible y mortal soledad á un reducido espacio de tierra vegetal que descubre la nieve al derretirse durante los fuertes calores del estío, y que se apresura á cubrirse de verdura esmaltada de lindas florecillas azules por algunas semanas para envolverse después en su triste mortaja de invierno. Durante el verano, puede decirse que no hay un día en que ese helado desierto no sea visitado por viajeros de ambos sexos que van á probar allí las conmovedoras impresiones y las dificultades de la excursion sobre el mar de Hielo. — Tambien reproducimos entre nuestros dibujos la vista de todo el caos de montañas y de ventisqueros tomada en esa direccion por M. Bisson.

Se ha supuesto que desde lo alto del Monte Blanco se podían distinguir el golfo de Génova y el mar; pero esto no es más que una ilusion de los curiosos, pues la línea de mar se halla completamente oculta detrás de las montañas, como lo ha establecido M. Bravais, calculando la inclinacion de la trayectoria luminosa tangente al mar partiendo de la cumbre del Monte Blanco.

Algunos fenómenos ópticos propios de esas altas regiones han llamado la atencion de los observadores. Por ejemplo, ciertos matices crepusculares (que á decir verdad rara vez han podido observarse, porque pocas personas han tenido la suerte de encontrarse en lo alto del Monte Blanco en horas favorables para distinguirlos) se muestran desde allí mucho más visibles y toman un brillo extraordinario. Otro fenómeno, que debe reproducirse diariamente cuando el tiempo está claro, al ponerse y al salir el sol, forma un imponente espectáculo que se dibuja idénticamente sobre el cielo en los dos puntos opuestos, pero que la vista humana no descubre. Este espectáculo es el del cono de sombra del Monte Blanco proyectándose en la atmósfera. «He visto, dice M. Bravais, las hermosas auroras boreales del Norte con sus coronas zenitales y sus columnas móviles y tornasoladas, y no obstante, la vista de la sombra del Monte Blanco sobre el cielo me parece mucho más grandiosa todavía.»

J. D. P.

## Un año de matrimonio,

POR EMILIA CARLEN.

### I.

— Hace diez minutos que ha dado la una; ¿quién puede explicar una tardanza semejante en un momento como este?

— Yo, ángel mio, dijo acercándose á su joven esposa Rodolfo Brunsberg.

Y se apoyó en la ventana, por la cual ella miraba con impaciencia.

— ¿De veras? Veamos pues esa explicacion.

— El coronel, antes de quedar viudo, ha vivido un año con su mujer, es decir, once meses más de lo necesario para convencerse de que las señoras nunca están listas á la hora que han fijado. Por eso tiene derecho á que se le conceda el cuarto de hora de cortesía.

— ¿Y te atreves á sostener tal cosa delante de mí que le estoy esperando hace veinte minutos? ¡Ah! Puedes estar seguro de que no se me olvidará tu opinion sobre las mujeres la primera vez que tengamos que salir juntos.

Y la joven acompañó esta prediccion de un gestecillo, que no por su acento amenazador dejaba de ser gracioso, y en el cual un observador desinteresado habria notado una coquetería infantil.

— Bella hechicera, al cabo de ocho meses de matrimonio me tienes tan encantado como el primer día.

Y el esposo radiante de júbilo quiso tomar en sus brazos á la hechicera.

— No, ¡oh! no; exclamó Julia huyendo de las manos de Rodolfo, me arrugarias todo el vestido. Pero ¡qué idea, qué idea tan ridícula la de ir á celebrar las bodas en el campo!

— Donde los vestidos no corren peligro de ser arrugados ¿no es verdad? dijo Rodolfo con ironía.

— Seguramente, respondió Julia. ¿Y porqué no hemos de pensar así? ¿qué vestidos pueden hacer honor á una señora después de haber viajado media hora no más? Los que se burlan de nosotras tratando estas cosas de frivolidades, son sin embargo los primeros en notar la falta; sí, señor, cada cual tiene sus preocupaciones.

— Pero dime, ángel mio, ¿no debe parecer muy natural que el coronel viudo hace dos años, y Lavinia cuyo prometido ha muerto hace apenas diez meses, quieran celebrar silenciosamente su union? Entrambos están poseídos de recuerdos que sin duda les acompañarán hasta el altar.

— Sí, pues buen caso hacen de sus recuerdos, amigo mio. El uno pierde á su mujer, que todo el mundo lo sabe, no estaba llena de atractivos, y de la cual, segun decían, no estaba muy enamorado; hasta suponen que el coronel desempeñaba perfectamente el papel de tirano doméstico, lo que no impide que su mujer le haya dejado después de su muerte una fortuna bastante regular y dos niñas gemelas; en fin, la entierran, y él queda sumergido en un luto tan profundo, tan largo como... por ejemplo, si yo... si tú me perdieras. Mi cuñada por el contrario, da su palabra al hombre más distinguido y más elegante que he conocido en mi vida, sí, Rodol-

fo, en mi vida; ¡oh! era mucho mejor que tú é infinitamente superior al coronel; ella le amaba con una de esas pasiones que duran una eternidad en las novelas; pero ¿qué sucede? Apenas el objeto de tanto amor yace en la tierra, la enamorada cesa de llorarle y se muestra en todas partes, en bailes y en teatros!... A la verdad, yo me quedé atónita cuando yendo á darla el pésame veinte y cuatro horas después del fallecimiento, la encontré tan fría, tan serena, tan indiferente como si jamás hubiera existido en el mundo un hombre llamado Luis Heimback, como si la historia de sus amores con él hubiese sido un sueño.

— Y sin embargo, hija mia, la conducta de Hermann es muy natural; nadie sabe lo que posee sino después de haberlo perdido. En cuanto á Lavinia, yo no la comprendo. Con un carácter tan formal como el suyo, no se ama tan profundamente para olvidar tan pronto.

— Esa es su manera de amar, di lo que quieras. Desde el día del entierro todos unánimemente en la poblacion, han echado de ver la ausencia de una sombra de sentimiento en su semblante.

— ¡Oh! En cuanto á eso, lo creo sin dificultad; sé que habrán estudiado su fisonomía con mucha detencion, pues vivimos en un país donde á todos les gusta ocuparse de lo que no les interesa.

— Confíesame que el asombro era permitido cuando seis meses después de las exequias de Luis, la vieron celebrar sus desposorios con el coronel, que me parece estar loco de amor por ella, como tambien lo han observado todos.

— Por mi parte, creo que justamente esa reserva del coronel ha hecho decidir á Lavinia, pues en los dos meses que dura el noviazgo, nunca he visto que mi hermana le incite á más abandono ni ternura.

— ¡Bonito noviazgo! exclamó la joven con presteza. Hace tiempo que hostezando estoy al corriente de las confidencias de los novios. Mira qué lindas son: cuando llega nuestro galán que se aparece siempre con una puntualidad militar, principia de este modo: «Buenos días, querida Lavinia...» A lo cual responde Lavinia muy seria: «Buenos días, querido Hermann...» Segunda frasecita del enamorado: «¿Habeis dormido bien esta noche?» Segunda respuesta: «Muy bien.» Otra pregunta: «¿Queréis salir esta tarde?...» Otra contestacion: «No, muchas gracias.» ó: «Sí, muchas gracias.» Es una verdadera comedia, pero así sucede. ¡Oh! amigo mio, estoy impaciente por ver casados al coronel y á Lavinia. Aun no he tenido el honor de visitar á tu hermana desde que ha comenzado á engalanarse... pero ¿qué veo? ¿se ha vuelto loco el coronel? ¡cuatro caballos negros en su coche!... ¡Oh! ¡Es un coche de entierro!...

— Julia, Julia, estás perdiendo el juicio; son los caballos más hermosos que se pueden ver en veinte leguas á la redonda, y los ha hecho traer de Rosenborg, donde debe llevar á Lavinia después del casamiento.

— Para que se muera allí de fastidio como su antecesora.

— ¡Oh! Julia, ¿cómo puedes hablar así? Tengo que bajar á prevenir á mi hermana... el coche se detiene.

— Rodolfo, espera... espera un instante, toma mi chal, mi capa y mi sombrero, lleva todo eso al vestíbulo á fin de que ese modelo de los enamorados vea cómo debe conducirse un buen marido.

Rodolfo tomó á toda prisa el chal y la capa y bajó para recibir á su cuñado, en tanto que apoyada en la barandilla de la escalera, su caprichosa Julia le llamaba gritando:

— Rodolfo, olvidas el sombrero, amigo mio, aquí le tienes.

Y con la rapidez de la flecha se volvió á la ventana para ver cómo se apeaba el coronel del magnífico carruaje que acababa de pararse á la puerta.

— De veras está guapo hoy, se decía al verle poner el pié en el estribo; viene de toda gala, ya se ve, la ocasion no es para menos. Pero ¡qué bien le sienta el uniforme! En honor de la ceremonia tambien ha adornado sus labios con una sonrisa; debe ser de rigor tambien, pues el coronel es demasiado militar para no hacer nada fuera de la regla. ¡Qué saludo! ¡Ay! señor mio, ¡qué lástima que lleguéis demasiado tarde para presentar vuestros respetos á una cuñada tan descuidada hasta hoy. El coche, á la verdad es soberbio. ¡Ay, Dios mio! ¡Porqué Rodolfo no es bastante rico para arrastrar carruaje!

Julia hizo una pausa, suspiró y luego prosiguió diciendo:

— ¿Y dónde está Rodolfo? Pues lo que es yo, no bajaré hasta que él venga á buscarme.

— ¡Julia! ¡Julia! gritó su marido.

No hubo respuesta; Julia estaba sorda.

— Baja, ángel mio. Lavinia ya está lista.

Imposible; al ángel se le habia metido en la cabeza demostrar con hechos al coronel que las mujeres no marchan como los soldados á la voz de mando.

Rodolfo subió corriendo, y tomando en sus brazos á su rebelde esposa, la bajó al salón.

Aquí les esperaba el coronel Hermann de Rosenborg, objeto de las burlas de Julia. Apenas tenia treinta años; pero por la rigida severidad de su aspecto se habria dicho que nunca habia sido joven, ó al menos que una gran desgracia ó una naturaleza particular habian borrado en él toda señal de juventud antes de tiempo.

Sin embargo, si sus facciones varoniles y regulares no revelaban en aquel momento toda la expansion de un hombre verdaderamente enamorado, manifestaban al menos una satisfaccion apacible, y sus ojos fijos en una puerta cerrada aun podían responder á una mirada de ternura con otra de una expresion análoga.

— Ya veis, Hermann, cómo se trata á las criaturas re-

voltosas, dijo Rodolfo dejando sobre un asiento su agradable carga.

— ¡Mi sombrero! ¡Mi sombrero! repetía Julia.

Y meneaba su linda cabeza.

— ¿No podías haberle bajado contigo, caprichosa? exclamó el marido, que no obstante corrió á buscarle.

— ¿No veis qué atento y qué amable es mi marido? exclamó Julia echando al coronel una mirada de triunfo.

— En efecto, respondió Hermann con una indiferencia que probaba que no había comprendido ni la lección, ni el epigrama.

— Este hombre de seguro me mataría si yo tuviera la desgracia de ser su esposa, pensó Julia, y se levantó para ir á llamar á la puerta de Lavinia; pero antes de que hubiese llegado á ella, una mano la tiró hácia adentro, y al abrirse dejó ver en pie sobre el umbral una verdadera estatua de alabastro destacándose en un fondo negro.

— ¡Cielos! ¡qué pálida estais! exclamó Julia alarmada.

Lavinia la dirigió una mirada risueña y se acercó á su futuro. Al verla aparecer, los ojos del coronel habían brillado, pero una expresión de dolorosa sorpresa vino á velar inmediatamente el brillo de aquella mirada.

El profundo saludo que hizo Lavinia era para una novia una recepción bastante fría, y si la salutación del coronel no fué menos profunda y ceremoniosa, había sin embargo cierto ardor y cierta dulzura en su acento, cuando tomando la mano de Lavinia y llevándose la á los labios la dijo:

— Parece como que estais indispueta, Lavinia; ¿queréis que suspendamos el viaje hasta mañana?

— No por cierto, no tengo nada... únicamente estoy (y su voz tembló al decir esto) estoy turbada, y no lo extrañareis, Hermann.

El coronel respondió á estas palabras con una inclinación mas profunda que la primera, y cuyo sentido era dudoso: sin embargo, añadió:

— ¿Preferiríais mejor que esperásemos un poco?

— ¡Oh! No; estoy dispuesta.

Y entrando en un cuarto tomó una capa y volvió á salir inmediatamente.

Julia se había quedado silenciosa é inmóvil; ahora estaba bien persuadida de que el coronel no pensaba en seguir el buen ejemplo que Rodolfo le daba.

— Serán unas bodas de las mas interesantes, murmuró Julia al oído de su marido mientras tomaban asiento en el coche.

Rodolfo no respondió; pensaba en el porvenir de su querida hermana, y suspiraba al contemplar aquel pálido rostro, y cuando otra mirada que echó á Julia le mostró su risueña y seductora esposa, se puso á comparar los destinos probables de aquellas dos mujeres á quienes amaba con tanta ternura, un matrimonio tan feliz con aquella union tan sombría.

Sin embargo, Rodolfo hubo de observar con un placer que conmovió su corazón de hermano, el cuidado con que el coronel trataba de extender una parte de su capa para impedir que el cierzo del otoño penetrara por las rendijas de los cristales del coche y enfriara á Lavinia.

Lavinia le dió gracias por esta atención, pero él no manifestó con ninguna mirada que hubiese aceptado para él el agradecimiento de la jóven; y sin embargo, preciso es decir que en su perjuicio se había privado de una parte de su capa.

Los ojos de Julia y de Rodolfo se encontraron: en tanto que estos se sonreían de placer, en aquellos no se leían mas que estas maliciosas palabras:

— ¡Bueno! ¡Bueno! no todos los dias estamos de bodas, veamos cual será el fin.

## II.

A una legua de la ciudad de donde había salido el carruaje del coronel se encontraba una bonita posada, á la que iba la gente en el invierno para descansar de las expediciones en trineo, y en el verano para armar bailes campestres, pero que rara vez visitaba nadie en el otoño. Aquel dia sin embargo, los posaderos debían tener el honor de presenciar la celebración de un casamiento entre personas de alto rango, si se puede llamar casamiento la siniestra ceremonia que se disponía, y á la cual debían asistir algunos amigos cuya apariencia era tan lúgubre como lo exigía la de los novios.

Cuando llegó el coche del coronel, el banquete nupcial, el eclesiástico y los padrinos estaban esperando, y los felices convidados á tan lúgubre boda calculaban ya las cosas divertidas que tendrían que contar el dia siguiente para distracción de los ociosos.

Abreviaban el tiempo de espera las señoras con las observaciones que cambiaban entre si y las profecías pronunciadas en voz baja.

— ¡Ay! ¡cuánto la compadezco!

— ¡Oh! El año que viene por ahora estará muerta; ya tiene el aire de un cadáver: ¿la habeis visto apearse del coche?

— Yo lo que quisiera saber, mi buena amiga, es quién ha podido decidirla á tomar un partido semejante: todo el mundo conoce el carácter del coronel, se me figura que para nadie es un secreto.

— Sin embargo, aseguran también que es un hombre honrado á carta cabal.

— ¿Y qué importa eso si tiene un carácter obstinado, egoísta, taciturno; si es un salvaje que prefiere mil veces la compañía de sus perros á la de su mujer, un tirano que quiere ser obedecido, aun antes de haber dicho claramente cual es su voluntad?

— ¡Oh! En cuanto á eso, todos los hombres son iguales.

— Debeis convenir conmigo en que este casamiento es muy singular, sobre todo cuando se hace tan poco tiempo despues de la muerte de un novio profundamente amado. Su frialdad hácia el difunto y su conducta desde que murió aquel jóven, son enigmas que no podrán resolverse nunca.

— ¿No has oido hablar de una confidencia hecha á Lavinia por Luis algun tiempo antes del fallecimiento de este?

— ¡Silencio! ¡Aquí están!

Con efecto, la puerta acababa de abrirse; Lavinia entró del brazo de su hermano, y se adelantó con resolución hasta el banquillo adonde llegó en seguida el coronel. Entonces no estaba tan pálida como en el momento de ponerse en camino; el viaje y el postrer esfuerzo de una voluntad firme habían devuelto á sus mejillas un ligero color que realizaba mucho su belleza, siempre deslumbradora.

El coronel, hombre alto y robusto, formaba un hermoso contraste con la jóven; los negros rizos de su cabellera aumentaban la sombra que cubría su frente de bronce; pero la mirada que tenía entonces clavada en Lavinia era de una limpidez singular; en su expresión había tal confianza, que bajo el influjo de aquella mirada intensa, los colores asomaban mas y mas á las pálidas mejillas de la novia, y el temblor que había agitado sus miembros cesaba completamente. También Lavinia le dirigió la profunda mirada de sus ojos azules, pero al punto apartó la vista como si le hubiese sido imposible reflejar en ella la expresión de confianza que se advertía en el coronel.

Y sin embargo, su voz, aunque muy débil, no tembló ni desfalleció cuando pronunció el voto sagrado del matrimonio.

La ceremonia estaba concluida, los convidados habían felicitado á los novios, y había principiado el banquete. Se echaron brindis, se pronunciaron rápidos discursos, pero ni el vino, ni aquellas palabras vagas pudieron dar á nadie un átomo de alegría; cada cual deseaba que llegara la noche, para despedirse y poder exclamar:

— ¡Dios mio! ¡qué bodas y qué novios!

Empero no se podía decir que hubiese habido ninguna infracción al ceremonial de costumbre. El coronel se mostraba obsequioso y atento con su mujer; ella por su parte le correspondía afectuosa, y á veces hasta le dirigió una sonrisa; pero estas sonrisas y estas palabras eran frias como el vino y los brindis.

— ¡Qué diferencia entre esta boda y la tuya, querida Julia! murmuró una señora aprovechando el instante en que pasaban al salon para exhalar su enojo.

— Ya lo creo, respondió la jóven con su desenvoltura ordinaria, nosotros principiamos mejor las cosas, y así es que tuvimos por primer padrino al amor. Gracias á Dios que se marchan mañana; esto dispensará á sus amigos de dirigirles mentirosas enhorabuena.

— A la verdad, creo que lo mejor que podemos hacer es pedir á Dios por ellos.

— Por ahí comenzaré yo cuando me meta en el coche, pues seguramente cinco minutos despues estaré dormida.

El café, la conversacion, el té, la lumbre en la chimenea, todo parecía dormido como Julia. Por fin la luna brilló en el cielo, y á esta anhelada señal se dispersaron todos.

Cuando los recién casados, Rodolfo y su mujer, entraron en el coche, Rodolfo tomó enfrente de su hermana el puesto que había tenido el coronel antes de la ceremonia. Hermann apenas pareció notarlos; se sentó enfrente de Julia, que muy luego se durmió profundamente en tanto que Lavinia, ora inclinada sobre el brazo de su hermano, ora con la cabeza recostada sobre su hombro, estrechaba con ardor y constantemente la mano de Rodolfo.

— ¡Oh! hermana mia, murmuró el jóven en voz tan baja que sus palabras no podían llegar sino al oído de aquella á quien iban dirigidas; tengo muy oprimido el corazón; veo que desde hace seis meses te has violentado en secreto, y ahora sufres ya demasiado para ocultarlo.

— No, exclamó Lavinia con fuerza, no me he violentado; nada he tenido que sentir, nada siento, y menos al que tu presumes que turba mi corazón con su memoria, mi querido Rodolfo.

— Pues yo insisto en creer que padeces á pesar de tu empeño en negarlo, repuso Rodolfo en alta voz; Hermann, añadió tendiéndole la mano de su esposa, ¿no es verdad que tiene el calor de la fiebre?

— Yo así lo creo, respondió Hermann con la mayor indiferencia; envolvedos en vuestra capa, Lavinia.

Y dejó caer la mano de la jóven sin haberla estrechado siquiera, é inclinándose fuera del carruaje mandó al cochero que fuera mas de prisa.

— Mi coronel, el camino es malo, respondió el postillon.

— Es muy bueno, obedee.

— No quiero yo; que se paren, exclamó Julia levantándose medio dormida; el camino esta lleno de cuestas y hay que ir despacio; mandad que vayan despacio, coronel.

— Tengo confianza en el postillon y mas aun en los caballos.

— Pues yo me voy á poner mala si continuamos corriendo.

Rodolfo, al oír la voz de Julia, y conociendo que estaba muy inquieta, casi se enfadó, porque el coronel no retractaba su orden.

— Hermann, le dijo con una voz cortada, puesto que

no basta la súplica de una señora, me permitireis que una yo mis ruegos á los suyos.

Lavinia se había callado hasta entonces y no pronunció una palabra despues de lo que había dicho su hermano; tenía entendido que su esposo pertenecía á esa clase de hombres que despreciando siempre su vida, forman un gran empeño en que se obedezca su voluntad, y que prefieren perder la primera á cambiar la segunda. Que fuese ó no merecida esta reputacion, Lavinia no pudo juzgarlo entonces, pues á la súplica de Rodolfo, Hermann dijo al cochero, aunque con un acento muy marcado de ironía:

— Los caballos al paso, estas señoras tienen miedo.

Y ya no abrió la boca hasta que el carruaje se detuvo; solo entonces, y con el mismo tono sardónico, preguntó á Lavinia mientras la ayudaba á apearse, si ella también tenía miedo cuando los caballos iban de prisa.

— No, si me responden de ellos.

— Cuidado no os engaños, repuso Julia; yo no os la doy por una heroína.

— Pues trataré de serlo, contestó Lavinia, porque sé que mi esposo es enemigo del miedo.

El coronel dijo con una sonrisa:

— No temais nada, Lavinia, no someteré vuestro valor á grandes pruebas.

Habían llegado, y todos entraron en el salon donde permanecieron hablando algunos instantes. Tres veces Lavinia se levantó á medias para dar las buenas noches á su hermano, y otras tantas se volvió á sentar bruscamente. Por fin una mirada de los serenos ojos de Hermann se encontró con la suya; ella comprendió la orden, se levantó, dió un beso á su hermano, se inclinó ligeramente ante su marido y salió del salon con su cuñada.

## III.

Media hora escasa había trascurrido cuando Julia salió con paso ligero del cuarto de Lavinia, dejando sola á la recién casada.

Lavinia estaba de pie junto á un velador sobre el cual descansaba su mano tremula; la vestidura nupcial que la cubría no era mas blanca que la megilla en que se apoyaba la mano de mármol de la pálida novia; el pañuelo encarnado de cachemira que llevaba en los hombros arrojaba apenas bastante reflejo sobre su rostro para dar apariencias de vida á aquella soberbia estatua; pues aun así, inmóvil y sin color, estaba hermosa como los mármoles que animaba el cincel de Fidias, hermosa como una alegoría de la desesperacion, con su cabeza inclinada hácia atrás y su torneada mano perdida en los anillos flotantes de su cabellera destrenzada, á la claridad de los candelabros que parecía la de cirios fúnebres. Lágrimas ardientes rodaban por sus mejillas de alabastro hasta la mesa en que se sostenía; los sollozos levantaban su seno, y sus tumultuosos pensamientos se escapaban en palabras entrecortadas.

— ¿Qué es lo que he hecho, Dios mio? ¡Oh! Me he engañado, cruelmente engañado... ¡he querido arrancar de mi alma la desesperacion que la devoraba!... ¡y el remedio es mil veces peor que el mal!... ¡No he sabido medir mis propias fuerzas!

En esto se oyó en la pieza contigua el ruido de unos pasos firmes y acompasados.

Lavinia permanecía inmóvil, y sin embargo agitada, incapaz de hablar ni de moverse; ella sola habría podido decir, con la mano apoyada en aquel corazón desgarrado, hasta qué grado de intensidad se elevaba aquella tormenta interior.

El coronel entró en el aposento.

El punto donde estaba Lavinia no fué aquel á que se dirigió su mirada; pero cuando se hubo acostumbrado á la brillante luz que casi había deslumbrado sus ojos, vió á su esposa, y una estupefacción involuntaria le hizo retroceder; aquella sombra pálida é inmóvil ¿era su primera mujer salida con su sudario del sepulcro en donde la había depositado, ó era la novia de aquel dia con su traje nupcial?

Se acercó y la miró un momento.

¿Era una mirada de artista ó de amante? ¿Era la emoción de un hombre inteligente ante una obra maestra, ó la turbación de un esposo ante la mujer amada?

Era mas bien la admiracion del artista.

Por fin Lavinia hizo un movimiento, y Hermann dijo á media voz:

(Se continuará.)

## Viaje de sir Edmundo Broomley

EN BUSCA DE UNA TAZA DE TÉ.

(Véase el número 465.)

Estoy aun delante de Pekin con mi carruaje chino y mi caballo, exactamente en el mismo lugar donde me hallaba el otro dia. Nuestros diplomáticos y nuestros generales no tienen mas que decir una palabra para que las puertas de la ciudad se abran á los diablos de Occidente; pero no parecen tener mucha prisa para hacer su entrada en la capital del Hijo del cielo. Quizá desearían hacer comprender á los señores chinos que los bárbaros de Occidente esperan sin mucha impaciencia el momento en que les estara permitido contemplar las magnificencias de la primera de las ciudades del primer imperio del mundo. Esta humillacion impuesta al amor propio del mas vanidoso de los pueblos sería de una buena política; pero es seguro que si les damos una bue-

na lección, nos cuesta alguna cosa, pues nuestra curiosidad es más impaciente de lo que querían hacer creer á los mandarines. Por mi parte comienzo á exasperarme viéndome una semana al frente de una pared que oculta lo que durante toda la vida he tenido deseos de contemplar de cerca.

Mi caballo es más filósofo que yo; el gusto de estar descansando después del penoso viaje que ha tenido que hacer le basta para ser dichoso, y se halla tan tranquilo delante de la puerta principal de Pekin, como lo estaría un caballo de omnibus delante *Temple-Bar*.

Mi carruaje me sirve de salón, de comedor y de dormitorio; duermo lo más posible para matar el tiempo.

Habríamos atravesado esa maldita muralla el mismo día de nuestra llegada, si desgraciadamente no hubiésemos recibido la noticia de que á poca distancia de la ciudad se habían reunido diez mil tártaros en un campo rodeado de fortificaciones. Fueron á buscarlos; pero ellos no esperaron á las tropas aliadas, y se dirigieron hácia el palacio de verano del emperador, situado á unas cuatro millas al nordeste de Pekin. En tanto que la división inglesa atravesaba lentamente un país cortado de mil canales, los franceses llegaban por un camino más fácil á las primeras casas de la aldea de Yuen-ming-yuen, y dos compañías de infantería de marina desalojaban á los tártaros de la residencia imperial.

Yo llegué demasiado tarde á ese maravilloso palacio de Verano. Hoy los treinta pabellones que encerraban los inmensos tesoros acumulados allí por los emperadores se hallan reducidos á cenizas: lord Elgin los mandó incendiar pensando que esta fechoría asiática podría dar á los chinos una alta idea de los europeos. Pienso que el noble lord no se habrá engañado: sería muy triste que vanamente se hubiesen sacrificado tales preciosidades.

Es muy divertido oír hablar á los soldados en su pintoresco lenguaje de las magnificencias del palacio de Yuen-ming-yuen. Esta mañana un ligero del regimiento número 101 las describía á un compañero que herido en Pa-li-kiao había tenido que permanecer en el hospitalillo, en tanto que los amigos marchaban adelante.

— Tú has visto sin duda, le decía, el palacio de Versalles que no es una casa rústica ¿no es verdad? Pues mira, al lado del palacio de Verano es menos que una choza. Primeramente unos jardines en que podrían bailar anchamente una contradanza Tullerías, Saint-Cloud, y el bosque de Boulogne; lagos en número infinito, rios con puentecillos que no querría yo tenerlos que contar. ¡Y las construcciones! Era preciso verlas; todo de mármol blanco, como si la piedra de sillería no fuera buena para estos picaros chinos; y los tejados, amigo mío, de oro, de plata y de esmeralda. Cuando los bañaba el sol era imposible mirarlos. En el interior mucho más todavía; riquezas que harían temblar á los hombres millonarios; diamantes, rubies y esmeraldas á celemines; sortijas, collares y brazaletes que se habrían necesitado muchos carros para sacarlos; vestidos de seda bordados de flores y ramajes para vestir á todo el universo. Añade á esto un montón de animales á cual más horribles y grandes figuras que llaman ídolos, de oro, de plata y de bronce con caras espantosas. Había allí dentro una estatua de un sugeto llamado Budha, que adoran estos paganos, casi tan alta como la columna Vendome, y toda de oro macizo. Te aseguro que ella sola valía más que todas las charreteras de todos los oficiales del ejército francés; parece que los chinos no son miserables con los dioses. Ahí tienes, pobre amigo mío, lo que



Mujer china tocando la guitarra.

era el palacio de Verano. Cuando se ha visto eso, compañero, le queda á uno en los ojos para toda la vida como el resplandor de unos fuegos artificiales, y sabe uno algo más que los amigos que no han salido nunca de la aldea, sin contar que hemos tenido nuestra parte, lo que facilita el poder echar un trago. — Vivandera, dos copitas, y del fuerte. ¡A la salud de S. M. el emperador de la China!

— ¡Ah! lord Elgin, pensaba yo después de haber oído este famoso discurso, si no fuera por el provecho que de ello ha sacado la civilización, me enfadaria porque habeis mandado quemar el palacio de Yuen-ming-yuen.

Ayer 24 de octubre de 1860, el embajador de Su Majestad británica entró en Pekin en una silla que llevaban a hombros diez y seis chinos vestidos de escarlata, escoltado por un escuadrón de dragones de la reina, por un destacamento de jinetes sicks, otro de infantería india, y dos regimientos de infantería inglesa.

Yo cerraba la marcha montado en mi caballo que ha-

honra á su madre, el de los Interrogatorios imperiales, donde el primer día de cada año convida á los príncipes, el palacio del Emperador y el de la Emperatriz, el gran monasterio de los Termas de la Mongolia, el templo de la Literatura, el de Todas las Dinastías, el templo de los Antepasados, el gran templo de Confucio, el Panteón de los hombres ilustres, el Observatorio de Koubilai, el fundador de Pekin, el Gran Arco de triunfo erigido á la gloria de los ejércitos, el Campo Sagrado donde todos los años el emperador para fomentar la agricultura traza un surco delante del pueblo, la Montaña de luz ó la santa y redonda Colina sobre la cual se eleva la pagoda formada por tres torres colosales sobrepujadas, todo esto era mío.

En esta primera correría hecha al acaso, vi algunas de las maravillas que tan á menudo había tratado de figurarme cuando en el invierno, al anochecer, solo en el gabinete de mi tío Toby, con los ojos clavados en la lumbrera de la chimenea, pensaba en las cosas lejanas.

Pero ¡oh desengaño! Mi imaginación había desfigurado de un modo singular los edificios de Pekin. Las magnificencias de la primera ciudad del imperio chino me parecieron bastante pobres.

Jamás cuando yo visitaba Pekin con el pensamiento me había sucedido llenarme de lodo en calles inmundas, ni estar á punto de caer á cada paso en pozos abiertos en medio de la calzada, ni respirar miasmas infectos procedentes de casas repugnantes y de montones de inmundicias.

Los inconvenientes menudos de que está exento el Pekin forjado por mi imaginación, me causaron en el Pekin de la realidad la más desagradable sorpresa.

No queriendo hospedarme en una posada de la ciudad imperial, me fui á dormir á mi carruaje, que estaba en la puerta An-ting.

Hoy el embajador francés y las tropas francesas han hecho su entrada en Pekin y se ha firmado la paz en el palacio de los Ritos entre la Francia y el Celeste Imperio.

He vuelto á ver á mi buen amigo Bernard, con quien me he paseado toda la tarde, habiendo hablado mucho de M. Har-



Concierto chino.

risson, y mucho mas aun de su preciosa hija.

Luego entramos en el mejor café de la calle del Reposo Perpetuo, donde nos sacaron té con pepitas secas de sandía. Los chinos mondan y comen la almendra de estas pepitas mientras están hablando, y nosotros hicimos lo mismo. Vendedores de pastelillos y de dulces vinieron á ofrecernos sus mercancías, que probamos para conocer los productos de la pastelería y la confitería chinas; todo se toma con el té, y quizá por esta razon esa bebida se estima tanto entre los chinos.

En Pekin hay mucha aficion á la música, y el amo de un café recibe con gusto á los cantores y á los instrumentistas que entran á divertir á los consumidores. Una mujer en cuyo pálido rostro estaba pintada una profunda expresion de melancolia nos cantó una romanza que bien duraría un cuarto de hora. Era un canto lastimero de un compás muy lento y entrecortado de gritos que nos desgarraban los oídos; cuanto mas desafinaba mas se enorgullecía aquella mujer con su talento; prolongaba las notas echando la cabeza hácia atrás y cerrando los ojos como sumergida en un éxtasis voluptuoso.

Los oyentes parecian entusiasmados; todo eran sonrisas, gestos y murmullos de admiracion los mas cómicos del mundo. Cuando se acabó la cancion una niña se fué acer-

cando á las mesas con el abanico abierto que en breve se llenó de monedas. La niña, contentísima con su recaudacion, se la mostró á su madre, y la cantora, despues de saludar con mucha gracia, salió llevándose á la niña de la mano.

Un cuarto de hora mas tarde entró otra mujer en el café, y á su aparicion los aficionados hicieron un movimiento muy marcado de curiosidad acompañado de cuchicheos. La mujer se colocó en medio de la sala. Cuando vi claramente su rostro alumbrado de lleno por un farol que colgaba del techo, no pude contener una exclamacion:

— ¿Qué teneis? me preguntó M. Bernard.

— ¿No reconóceis á esa mujer? le dije.

— Si, en efecto, creo recordar sus facciones... pero no, es imposible.

— Es ella, os lo aseguro.

— ¿Y cómo se puede encontrar en Pekin y en un estado tan miserable?

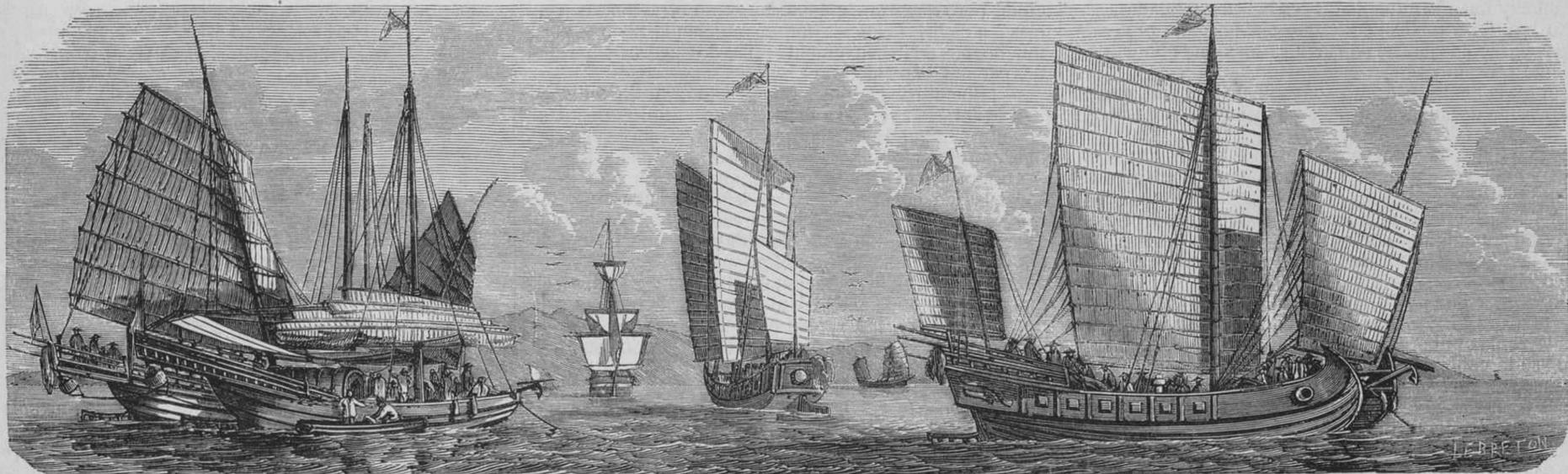
— No lo comprendo; pero de todos modos, no me engaño; es ella, tan seguro como soy yo Edmundo Broomley.

El amo del café servia en aquel momento á un oficial inglés que estaba sentado delante de la mesa mas próxima á nosotros; yo sabia que este oficial hablaba un poco el chino.

— Caballero, le dije, ¿tendriais la bondad de preguntar al amo si la cantora que acaba de entrar hace mucho que esta en Pekin?



Escalera de una pagoda de Budha.



Embarcaciones chinas.

El oficial hizo lo que yo deseaba.

— Esta mujer, respondió el dueño del establecimiento, era la querida de un pirata, ahorcado en Shang-hai hace tres ó cuatro meses, que ha sido vendida en subasta pública á un viejo mandarin muy avaro que hace mes y medio recibió la orden de venir aquí. Apenas hubo llegado murió dejando á la pobre esclava sin recursos, y ella canta para ganar su vida.

— Ya veis que no me habia engañado, dije yo á mi amigo.

Entre tanto la jóven habia templado su guitarra de dos cuerdas y estaba preludiando, continuaba siendo una mujer de prodigiosa hermosura; únicamente sus megillas estaban un poco hundidas, y la expresion de su rostro era mas feroz aun que cuando yo la habia visto por primera vez aquella noche memorable en que estuve á punto de bajar al fondo del mar Amarillo con una bala de á 24 atada á los piés.

Cantó con una especie de energia febril una cancion de un compás precipitado en que exhalaba sus quejas por haber

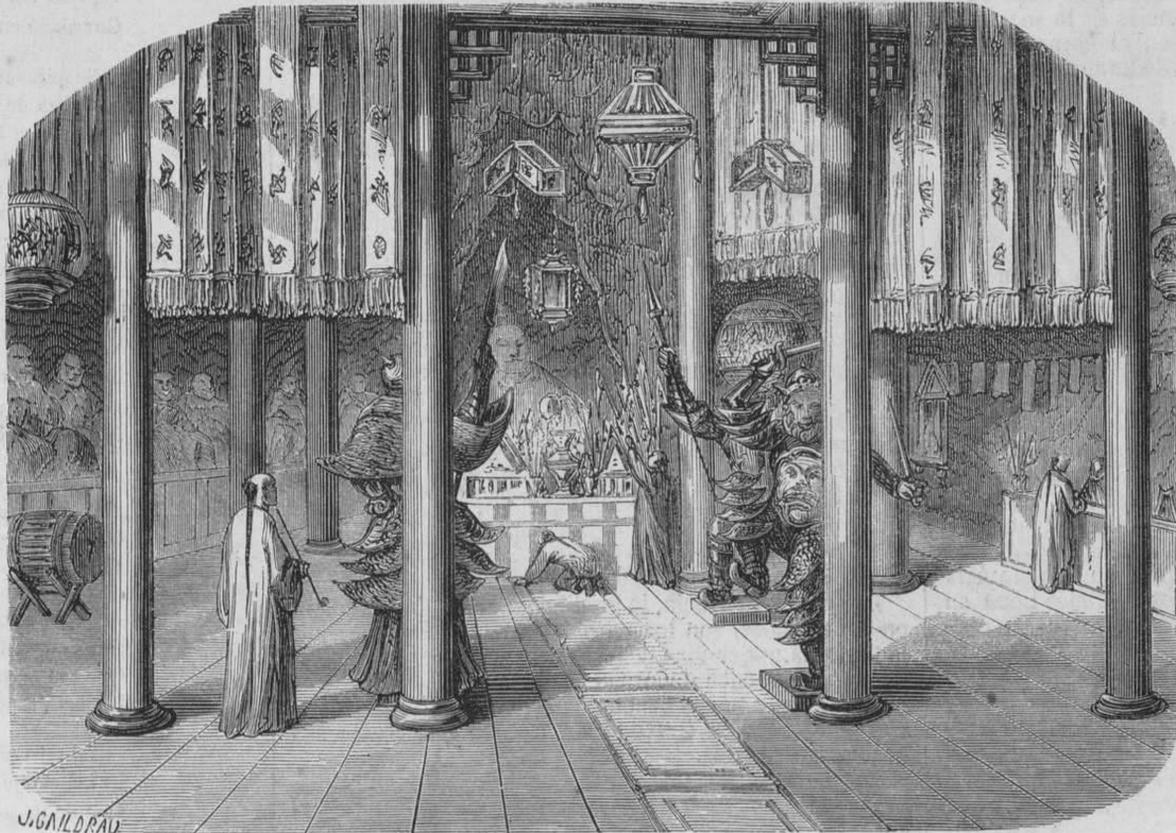
pertenecido á un viejo mandarin.

Despues de la primera coplilla la cantora fijó por casualidad los ojos en nosotros; una expresion de profunda sorpresa se pintó en sus facciones, pero al instante recobró el imperio de sí misma y continuó cantando con voz firme; únicamente observé que no quitaba sus ojos de M. Bernard.

Cuando hubo concluido salió precipitadamente sin esperar los aplausos y sin recoger las ofrendas de los oyentes; este modo de obrar tan inexplicable dió lugar á conversaciones muy animadas.

No tardamos en salir del café. Apenas habiamos dado algunos pasos, cuando nos encontramos con la cantora, que clavó otra vez su mirada en M. Bernard con una expresion indecible, y luego atravesando la calle se perdió en las tinieblas.

En la tarde de ayer fuimos á visitar una pagoda muy venerada de los fieles budhistas y situada á poca distancia de los muros de Pekin, en un lugar sumamente pinto-



Interior de una pagoda de Budha.

resco; una escalera cortada en el flanco de la colina donde está edificada, conduce á ella á través de enormes peñascos y de arboles de una vigorosa vegetación. En el momento en que llegamos al santuario estaba poniéndose el sol. Largo rato permanecimos allí entregados á meditaciones religiosas y poéticas, y cuando salimos de la pagoda ya brillaba la luz de la luna. Yo caminaba delante, y al llegar á eso de la mitad de la escalera Bernard lanzó un grito terrible..... Me volví y le recibí en mis brazos.

— ¡Herido! murmuró, ¡herido por la espalda!  
Le habían dado una puñalada entre los dos hombros.  
—Si muero, me dijo, os suplico entregueis esto á miss Mary.

Y me mostraba un medallón que llevaba al cuello.  
Yo miré en derredor de nosotros y no pude descubrir á nadie.

De repente, á unos cien pasos, resonó una exclamación de triunfo y de alegría salvaje, y por detrás de un peñasco asomó la querida del pirata que alzó su puñal sobre su cabeza alumbrada por un rayo de luna y desapareció.

Quise perseguirla, pero un ¡ay! de mi pobre amigo me detuvo.

Algunos instantes después pasaron unos peregrinos que me ayudaron á levantar el herido y le trasportamos á la casa de uno de los sacerdotes de la pagoda.

H. E.

(Se continuará.)

## La Modestia (1).

### I.

La modestia es una cualidad de tanto mérito y realce, que no puede confundirse con otra alguna ni oscurecerse con ninguna nube.

La modestia es el mayor encanto de la mujer, ó mejor dicho, el complemento de sus encantos, pues ella puede compararse á esos diáfanos y blancos velos que las mujeres echan sobre su rostro para parecer más bellas.

Y así como esos velos ocultan los más leves defectos del semblante encubriéndolos vagamente, y hacen resaltar todas las perfecciones de la que los usa, del mismo modo la modestia disimula todos los defectos del carácter y hace resaltar todas las bellas cualidades.

No hay falsa modestia: la que sin poseerla pretende hacer alarde de ella, no conseguirá más que ponerse en ridículo rebajándose lastimosamente.

Porque la modestia es tan suavemente humilde, que ni se apercibe de su propia belleza, ni se toma el trabajo de mostrarse.

Se la adivina como á la violeta, por su aroma: se la busca, y una vez encontrada, se la contempla con arrobamiento y se la ama.

La modestia es dulcemente majestuosa: altiva con suavidad; amable y encantadora como todas aquellas prendas que tienen su base en la excelencia y bondad del corazón.

Una mujer que no haga alarde de lo que vale es una cosa tan rara, ó al menos se considera tan escasa, atendida la vanidad que se achaca á nuestro sexo, que con razón se la contempla con admiración y simpatía.

¿Y sabéis lo que es la simpatía? Es uno de los más dulces lazos del género humano: es el término que separa el cariño de la indiferencia: en las mujeres es el primer eslabón de la cadena de la amistad: en los hombres es el primero de la cadena del amor.

Los lazos de la simpatía son fuertes y durables: son gratos, expansivos, libres de toda sujeción, porque la simpatía no nace de las leyes del deber, ni nace de la gratitud, ni es esclava de las exigencias de la sociedad: la simpatía es espontánea, brota en el corazón como brota una madre selva en las tapias de un huerto ó de un patio.

La simpatía y la modestia jamás se separan, sobre todo en la mujer: porque la simpatía que esta inspira, es casi siempre emanada ó nacida de su modestia.

### II.

La modestia tiene dos manifestaciones: modesta es la mujer que en su porte, en su traje y en sus modales conserva aquella dulce dignidad que la impide todo movimiento indecoroso ó poco conveniente: y modesta es la que ningún alarde hace de su mérito, la que le deja adivinar ó que se descubra solo por su propio brillo.

Sea cualquiera de estas dos formas que tome la modestia, cautiva siempre: *la alabanza propia envilece*, ha dicho un sabio, y esto lo vemos confirmado todos los días: el mérito de una persona, por grande que sea, es despreciado si esta hace de él una ridícula ostentación, ó si mira con desden el de los demás.

Y este desprecio hacia la altanería es inherente á la naturaleza humana: cada uno de los mortales tiene su dignidad, que es muy peligroso hollar; y á falta de dignidad existe en todos un sentimiento invencible de amor propio.

Por eso las personas modestas son tan simpáticas y tienen tantos amigos: aunque la simpatía es espontánea, casi nunca es inmotivada, y una persona dulce y modesta despertará muchas más simpatías que una vana y altanera.

(1) Fragmento tomado de los « Estudios morales » por la señora doña María del Pilar Sinués de Marco.

A la mujer modesta se le concede mérito de buena voluntad, por lo mismo que ella aparece desconocerlo.

A la que exige homenajes, se le niegan hasta las atenciones más comunes; porque, fuerza es confesarlo, en nuestro sexo predomina la envidia y por eso dije en otra ocasión, que la mujer, que ha nacido privilegiada en las dotes intelectuales, tiene que hacerse perdonar esta ventaja por su dulzura y suavidad.

Lo mismo que dije tocante á la belleza intelectual digo ahora respecto de la hermosura física.

La que se ensoberbece con ella, la que exige admiración, lejos de obtenerla únicamente conseguirá que se le niegue todo mérito; ó si se le concede, lo que es todavía peor, que se le rebaje con alguna calumnia inventada por la envidia y la maledicencia.

La modestia es casi siempre un puerto seguro contra todos estos peligros; porque la modestia es tan benigneamente dulce y bella, que ni exige homenajes ni ofende á nadie.

### III.

La modestia impone deberes que quizá parecerán muy áridos á las jóvenes, cuya educación haya hecho que los desconocieran: porque es muy cierto que la modestia le inculca una buena madre en el carácter de sus hijas desde su más tierna edad.

La modestia prohíbe toda postura indecorosa, los modales desenvueltos, los trajes, cuya hechura exagerada dé lugar á la crítica por llamar excesivamente la atención.

La modestia exige esa delicada reserva de que ya he hablado, y que aconseja á la mujer á salir poco de su casa y á no prodigarse demasiado en público.

La modestia exige que toda joven ignore, ó al menos aparente ignorar todo aquello que su edad y estado le prohíben saber.

Por más que halague á una joven por la viveza de su carácter esa reputación de *gracia* y de *chiste* que se concede á otras, debe despreciarla por la de *modestia*: confundir la *gracia* con el *chiste* es un error lamentable: la *gracia* es casi inseparable de la modestia: el *chiste* sienta bien algunas veces al hombre, pero jamás á la mujer porque es consecuencia de la desenvoltura.

He visto muy de cerca algunas jóvenes, que apenas habían salido de la infancia y empezaban teniendo en la conversación ciertas libertades, inocentes en un principio, pero que eran aplaudidas como otras tantas gracias: aquellas licencias fueron creciendo poco á poco mucho más de lo conveniente: más los padres y hermanos exclamaban sin cesar:

— ¡Qué chistes tan oportunos! ¡qué sal, qué chispa!  
Y la sal y la chispa se convirtieron al fin en una desenvoltura repugnante, en una maledicencia insostenible, y en una absoluta falta de pudor y de delicadeza.

¿Cómo era posible que estas mujeres no estuviesen rodeadas de enemigos? Quizá, sin más faltas que sus *chistes* y su *sal*, han perdido su reputación por la venganza de los que han sido ofendidos con su maledicencia, ó blanco de sus *chispeantes* burlas.

La que ansia la reputación de chistosa será muy fácil que adquiera la de maldiciente: porque de la sátira á la murmuración es tan rápido el declive, que no basta la débil inteligencia de la mujer para que la conduzca por él sin despeñarla.

La madre que ambicione la felicidad de su hija, hágale entender, desde que su tierna inteligencia lo permita, que es preferible pasar por mujer modesta que por mujer vivaz y chistosa: á estas últimas se las teme: las primeras son casi siempre simpáticas, ó al menos se juzgan inofensivas.

La modestia llegará á serles natural si la buena educación les hace comprender su belleza: porque si bien es cierto que la modestia nace con la criatura, no lo es menos que esta puede adquirirla aunque haya nacido destituida de ella.

Si á una niña, en vez de aplaudirle los modales desenvueltos de que use, se le afean aconsejándole otros más dulces y templados, es indudable que dejará los primeros para no hacerse odiosa.

Si se le enseña á hablar poco y oportunamente, á no criticar á nadie y á cuidar de sus propias acciones y decoro, seguramente que no charlará sin tino cayendo en la murmuración, escollo inevitable cuando se habla mucho.

Si se le dice que la gracia es la moderación, la dulzura, la templanza, la modestia en fin, no hará alarde de descaro ni de chistes poco convenientes en su edad.

Por último, si se conserva en su alma esa flor delicada que se llama pudor, no la vereis nunca con la mirada oblicua de la hipocresía, ni con esa descocada que vende el fatal *¿qué se me da á mí?* cáncer de nuestra sociedad y de la virtud de la mujer.

### IV.

La verdadera gracia, la gentil coquetería, la distinción en los modales, son inseparables de la modestia, y por lo tanto, la mujer más destituida de atractivos personales puede ser encantadora si es modesta.

Pocas, muy pocas nacen completamente hermosas, y así la mujer debe buscar todo aquello que realza sus gracias personales.

Porque esto, lejos de ser una falta, es un homenaje á la Providencia, puesto que se manifiesta estimación hacia las ventajas y los dones que nos ha concedido.

La exageración en el traje y en el peinado casi nunca sientan bien, sea cualquiera la figura y facciones de la

que la use; la modestia impide que llamemos la atención, y por eso evita casi siempre el ridículo.

El buen gusto no es el uso de los adornos pomposos, de los colores fuertes, de las formas extraordinarias en los vestidos: por el contrario, en el tocado y adorno de una mujer de buen gusto, preside casi siempre una gran sencillez, y la sencillez es uno de los preceptos de la modestia.

Además, la modestia no solo se acomoda á todas las fortunas, sino que embellece las posiciones más medianas.

El lujo de los pobres es la limpieza, como dijo el malogrado Sué: si á una limpieza exquisita se reúne el buen gusto y esa coquetería propia del hogar doméstico y necesaria en la mujer, esta se hará admirar en todas partes.

Vosotras, madres respetables, que por la medianía ó escasez de vuestra fortuna sufrís tanto con las privaciones de vuestras hijas; vosotras, que al contemplar con orgullo su belleza lloráis de sentimiento por no poder adornarla según vuestro deseo; creedme, si son modestas y virtuosas, vuestras hijas alcanzarán más simpatías con su sencillez que las opulentas damas que carecen de esta amable cualidad.

El mundo, es verdad, rinde vasallaje á la opulencia, pero solo rinde culto á la virtud.

Aplaudes los talentos brillantes, el fausto, todo aquello, en fin, que deslumbra; pero al mismo tiempo trata de empañar esos talentos con los tiros de la envidia y calumnia el fausto que le deslumbra.

Únicamente ama y estima verdaderamente á la modestia, porque la modestia es la base de muchas virtudes, y semejante á una perfumada diadema que adorna una cabeza herida, recrea con su celestial aroma á la sociedad, encubriendo los defectos de quien la posee.

## Suspiros.

IMITACION DE UNA POESIA PORTUGUESA DE MATTOS GUERRA.

Suspiros, ¿qué pretendéis  
Con el ruido que me dais,  
Si cuando un alivio hallais  
Todo un secreto rompeis?

¿Qué dolor es mi dolor,  
Que halla en vosotros consuelo,  
Siendo callarle mi anhelo  
Para no hacerle mayor?

¿Porqué vais, mintiendo agravios,  
A dar con ayes sentidos  
Regalo á ajenos oídos,  
Martirio á mis propios labios?

Un tiempo en mi pecho fiel  
Os guardó mi empeño loco;  
Allí entrásteis poco á poco  
Para salir en tropel.

Allí vuestra blanda brisa  
Fecundó lozanas flores;  
Campo os dieron mis amores,  
Dulce manantial mi risa.

Y en alegre confusión  
Os creyó mi orgullo ciego  
Chispas del manto de fuego  
Guardado en mi corazón.

Suspiros, si tal hicisteis,  
Si fuerza de mí cobrásteis,  
¿No vale el bien que dejásteis  
Mas que el bien que conseguisteis?

Hoy, de mi pecho al brotar,  
Amenguais mi sentimiento,  
Y al hacerlo, dais al viento  
Lo que al alma habeis de dar.

Del triste las soledades  
No turbará vuestra queja;  
Aire que encerrar se deja,  
No es fecundo en tempestades.

Hoy sé que al perderos ya,  
Sois, por mucho que me apene,  
O un desengaño que viene,  
O una ilusión que se va.

Ea pues, corazón loco,  
Suspira, da viento al viento;  
Que tan grande sentimiento  
No pelagra por tan poco.

Así tal vez lograrás  
El anhelo que te inflama;  
Que de tu dolor la llama  
Con el viento arderá mas.

MANUEL DEL PALACIO.

**Ilusiones.**

Apartad, ilusiones; ya mi mente  
Os mira con pavor, con tedio os mira;  
Si alguna vez el corazón, que siente,  
Os sùele acariciar, es que delira.

Buen semblante teneis, rostro halagüeño,  
Y con néctar brindais al que os desea;  
El néctar bebe, y en profundo sueño,  
Ve un nuevo mundo que su mente crea.

Apenas tanto bien mirar no acierta,  
Y el fingido placer ávido apura;  
Pero llega el momento en que despierta,  
Y mira que el soñar fué su locura.

No sois hijas del mal, que sois del cielo  
Emanadas sin duda en sus fulgores;  
No debéis habitar en este suelo,  
Donde solo hay maldad y solo horrores.

¿Qué sirve que encontréis un alma pura  
Que os sonría graciosa en dulce calma,  
Si el alma no consigue su ventura  
Sin hallar á la vez sensible otra alma?

Al alma sensible que blanda se agita,  
Mintiendo placeres, robais el sosiego;  
El pecho que ahora tranquilo palpita,  
Volcánica llama devórale luego.

Un fuego sagrado, raudal de ventura,  
Verteis en el seno del alma inocente,  
Y el alma inocente las heces apura  
Del néctar divino que abrasa su mente.

Y vive y delira del mundo en los brazos,  
Formándose un mundo cual ella desea;  
Se mira dichosa, y entrega á pedazos  
La dicha aparente que entonces se crea.

Camina entre flores sin susto ni pena,  
Soñando delicias, soñando placer;  
La atmósfera mira tranquila y serena...  
Pensando en mañana, se olvida de ayer.

Por un bello prisma contempla ese mundo,  
Que tantos placeres brindándole va...  
Todas ilusiones, engaño profundo,  
É ignora que el prisma mintiéndole está.

M. DE GUZMAN.

**Revista de la moda.**

SUMARIO. — Principian los placeres. — Baile en la Opera á beneficio de los pobres. — De los trajes que mas brillaron en este baile. — Tocados á la moda. — De los trajes de calle. — Negligés caseros. — La moda fotografiada en los Italianos. — Descripción del figurin que representa dos trajes de máscara: una Peri y una dama del siglo XVI.

Mientras se da en Tullerías la señal de las fiestas oficiales, hemos tenido en la Opera un gran baile á beneficio de los pobres. Estos bailes llaman la atención tanto de las personas caritativas como de aquellas que tienen por divisa el deseo de brillar en el mundo. Hay ciertas damas que no teniendo entrada en los salones aristocráticos, aprovechan la ocasión de mostrar su lujo en esas fiestas. Bailan por los pobres, ya que no pueden bailar en las sociedades de gran tono. De todos modos, el aspecto del baile de la Opera era brillantísimo. Los trajes presentaban esa distinción artística que caracteriza á nuestra época. Todo traje en la actualidad tiende á recordar un tipo histórico. Hé aquí algunos tan sencillos como elegantes, y todos del mejor efecto.

— Un vestido de tarlatana blanca ilustrado con veinte y seis ó treinta volantes de tarlatana recortada formando nieve. La falda no tiene otro adorno. El cuerpo lleva un cinturón catalán ó una ancha cinta de seda Magenta, que ciñe el talle y sube en tirantes sobre los hombros, anudándose por detrás con un grueso lazo. Por tocado un adorno de cinta Magenta con musgo blanco.

— Otro de tul blanco con bullones al sesgo en el bajo de la falda. Los bullones están separados por rizados de blonda. Por detrás, en el bajo de la falda, arranca un adorno de follaje esmeralda y frutos de oro que sube por el lado del delantero formando túnica, y continúa subiéndolo por el cuerpo cruzándose en tirantes prendidos en la cintura y con las puntas sueltas. Es un adorno nuevo y precioso. El tocado es una diadema de hojas de esmeralda y frutos de oro.

— Otro vestido Luis XVI de tul blanco con bullones y cubierto con una túnica de tul maiz recortada é ilustrada con una blonda vaporosa. Cuerpo con cinturón que sube sobre los hombros, y se cruza en el talle anudándose por detrás con un lazo Lamballe de puntas sueltas. Por tocado un adorno María Antonieta de plumas maiz y blancas, prendido con un alfiler de diamantes.

Por último, otro vestido de terciopelo verdemar recortado en túnica, y adornado con un espléndido volante de Malinas coro-

nado con una hilera de perlas blancas que caen sobre una falda de tul con bullones. Tocado de perlas y diamantes.

Ya que trato de los prendidos de baile, voy á presentar á mis lectoras las últimas creaciones de Alexandrine, que ciertamente son dignas de ser admiradas.

— Un tocado mariposa de terciopelo rubí que se extiende en alas de mariposa sobre lo alto de la cabeza con una gruesa mariposa de diamantes ó de acero en medio. En cada lado un lazo de terciopelo cae en cordones esmaltados de mariposas menudas.

— Un tocado Luis XV de terciopelo rosa Magenta formando un pouff de blonda con follaje sembrado de polvo de oro puesto de lado. Este pouff está sostenido por follajes que se arrollan sobre una drapería de terciopelo, y dejan caer sobre el hombro una lluvia de pluma.

— Un tocado sultana de terciopelo verde-turco con media luna de oro colocada sobre una diadema de cocas de terciopelo sostenidas por dos cadenetas de oro unidas por detrás con una media luna de oro.

— Un tocado Luis XVI de terciopelo azul de China orlado con un cordón de oro recogido en torno de la cabeza, con lazo de encaje negro y broche de pedrerías. Por un lado caen dos plumas blancas enlazadas.

— Un tocado indio de terciopelo carmesí con coca de terciopelo en medio prendida con dos manzanitas de oro y follaje natural. De la coca arranca una larga pluma que cae por detrás.

— Un tocado Raquel formando un bandó de terciopelo negro adornado con medias lunas de oro y corales de seda.

— Un tocado Ondina de musgo acuático con follaje y rosa silvestre al lado.

Pasemos ahora á los vestidos de calle.

Todas las faldas están adornadas en el bajo y describen la forma del vestido de córte. El estilo imperio reservado para casa se adopta para traje de calle.

Se hacen vestidos de este corte de terciopelo negro con botanadura de piedras. Este traje sienta admirablemente á las señoras un tanto robustas, porque las adelgaza alargando el talle y modelando las caderas. El vestido imperio se adorna también en el bajo como los demás vestidos á la moda.

Otro estilo domina también y es el chinesco, que no deja de ser bonito y original, sobre todo modificado al gusto parisiense. Voy á describir un adorno de un vestido rico, pues también he tenido la idea de engalanar á la manera china un vestido de tafetan negro que tenía en el dibujo una greca trazada por un filete de oro. El delantero del vestido está cerrado en el cuerpo con una banda de terciopelo negro listado de raso anaranjado que baja hasta media falda, y que se riza á cada lado en volante de terciopelo negro listado también y recortado al rededor del vestido. Este adorno es hermoso y opulento. Todas las piezas de terciopelo se detienen en punta en los paños del vestido. Por los lados caen tulipanes de raso anaranjado velados de tul negro. Las mangas están guarnecidas por el mismo estilo. Con un cinturón de terciopelo negro forrado de raso anaranjado, y un sombrero de terciopelo negro con plumas naranja y fuego y en el interior un ramo de capuchinas de diversos matices, se completa el prendido.

En trajes mas sencillos señalaré un vestido de moaré antiguo con grandes cuadros ilustrados de ramitos de flores. Sobre la falda un plegado liso describiendo una túnica y que se continúa en galería por detrás. En el cuerpo este plegado forma tirantes.

— Otro vestido de moaré antiguo, color Habana, ricamente bordado de medallones bizantinos Habana y negro.

— Otro de terciopelo azul guarnecido de chinchilla con paleto de lo mismo.

En trajes de interior se llevan preciosos negligés de terciopelo negro adornado de astrakan negro, ó de cachemira gris perla guarnecido de ruches malva natural, ó de ramos de violeta de Parma recortadas en tafetan. La bata describe por detrás una basquiña y por delante un vestido imperio no ajustado, es decir, cortado al sesgo. También se llevan blusas flotantes, la blusa antigua, de tafetan, de terciopelo, de franela ó de cachemira.

El sábado último se vieron en los Italianos trajes brillantísimos.

Habia uno de tul azul turquí lleno de bullones y cubierto con un inmenso velo de tul blanco recogido todo al rededor de distancia en distancia con ramajes de madre selva. El cuerpo escotado llevaba draperías dispuestas en tirantes sostenidos por un ramo de madre selva. En cuanto á mangas no sé si las habia; solo recuerdo dos hombreras de madre selva.

Otro traje habia de terciopelo granada con tirantes de terciopelo negro colocados sobre un roseton de musgo de tul, en cuyo centro brillaba una mariposa de diamantes. En la cabeza adorno de terciopelo negro con mariposa de diamantes. Llevaba este traje granate y negro una duquesa muy rubia.

La princesa de Solms lucia un vestido de raso blanco guarnecido de blonda con dos camelias blancas naturales y dos alfileres de diamantes en el pelo.

La marquesa de P... llevaba un cordón de terciopelo negro con anillos de acero; á un lado una rosa purpurina y al otro una rosa mas gruesa.

La condesa D... ostentaba un tocado Emperatriz formando diadema de flores pastel, sobre un bandó de terciopelo encarnado. Por detrás caia un doble lazo de terciopelo.

La señora de Err... un tocado Diana de Poitiers, que describia un pouff de plumas negras y blancas con sorbaceas de oro y follaje de rosas, todo ello sobre un círculo de terciopelo negro rizado y orlado con un encaje de Chantilly. En cada pliegue una margarita de oro.

Este mismo tocado todo negro (de traje de luto) llevaba la marquesa de C....

Habia también muchas redecillas de oro, acero y follaje, así como muchos lazos Pompadour de tafetan negro ó de tafetan de color con ramos de flores, que es la suprema elegancia.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de baile de máscaras.

El primer traje figura una Peri, uno de esos seres imagina-

rios, entre ángel y mujer, creados por la imaginación de los poetas.

Este disfraz se compone de una falda de tul ilusión sembrada de estrellas de oro, con túnica griega de tul verde y cuerpo orlado de una cinta de oro.

No hay manga corta sobre el hombro, y si únicamente un largo velo sostenido por un ramito de flores blancas y de color de fuego. Cinturón de oro. Rizos caídos sobre los hombros y bandó de flores fantásticas. Guante blanco, abanico de crespon blanco con lentejuelas de oro y zapatos de tafetan verde.

El segundo traje representa una dama del siglo XVI. El tocado consiste en un gorrito de terciopelo carmesí puesto graciosamente en la cabeza, con redcilla de mallas de oro que sostiene el cabello por detrás. El vestido de terciopelo violeta ricamente adornado con una banda de oro trabajada á la florentina y escotado; lleva draperías y está sostenido por una larga *chataleine* de oro sobre una falda de terciopelo carmesí sembrada de terciopelo negro. Las mangas de terciopelo violeta son ajustadas hasta abajo, donde tienen muchas vueltas de terciopelo carmesí. Estas mangas van abiertas en el interior del brazo y dejan pasar bullones de raso blanco, de gasa ó de tafetan blanco, sostenidos por mallas de oro. Abanico de plumas con espejo de Venecia, y collar de piedras preciosas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

**La Exposición de Bellas Artes**

EN FLORENCIA.

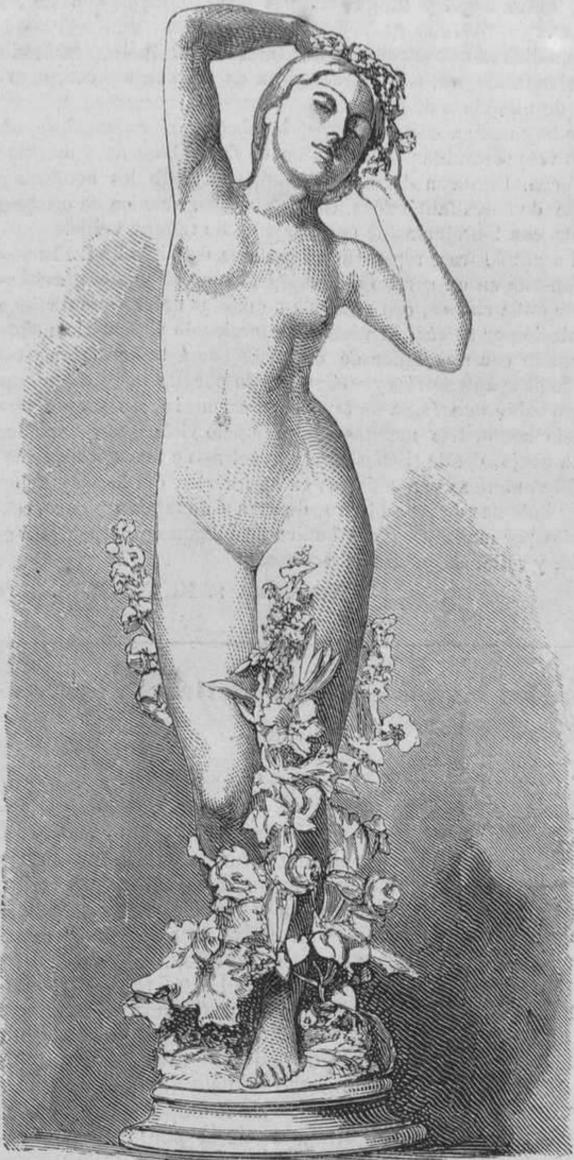
En estos últimos días se ha cerrado la Exposición de Bellas Artes de Florencia. Apresurémonos á decirlo: sometido por la primera vez a una exhibición general de sus obras, el arte italiano moderno ha salido con honra de la prueba. Los mas entusiastas de esa hermosa Italia, de esa *Alma parens* de todas las artes, temian que la noble madre no produjera en el día mas que hijos degenerados indignos de sus primogénitos. Seguramente, no tiene en la actualidad un Rafael, un Ticiano, un Miguel Angel, y la Italia esperará largo tiempo ese gran día de resurrección de los antiguos genios que el mundo espera con ella, pero no por eso debe sonrojarse hoy de sus artistas. Para convencerse de esta verdad, no habia mas que recorrer las galerías de la exposición, adonde la mayor parte de las ciudades de la península habian enviado cuadros, estatuas y objetos de arte cuyo número pasó de dos mil.

No podemos hacer otra cosa que citar aquí con rápidas indicaciones algunas de las mejores obras de pintura y de escultura: *la Abdicación de Gualtero de Brienne, duque de Atenas*, por el señor S. Ursi; *la Lucrecia Borgia* del señor A. Puccinelli; *el San Benito bendiciendo á San Plácido*, de señor Rapisardi; *los Funerales de Buonelmonte*, los *Religiosos*, del señor Altamura; *la Mañana*, composición llena de sentimiento y de nobleza, en la cual el señor Casabianca ha pintado el momento en que al rayar la aurora acaban de rezar las religiosas; tres hermanas de Caridad apoyadas en la cerca de su morada que contemplan el horizonte en el cual se anima la luz, y donde despunta la vida de un nuevo día. Todo es serenidad religiosa y poesía en este lindo cuadro. Aun debemos citar al señor B. Celeutano, con su pintura del *Consejo de los Diez atravesando el patio del palacio ducal*, y al señor Induno, buen pintor de batallas.

En cuanto á la escultura, tiene una superioridad incontestable sobre la pintura. Cuando ya se habian acabado los grandes pintores en Italia, los escultores continuaban aun la tradición, y Canova consolaba á la península del silencio demasiado prolongado de sus artistas. Luego Bartolini que la muerte ha arrebatado hace poco á Florencia, sostuvo esta gloria que debía la Italia al artista veneciano. Esta nueva escuela que abandona el grande estilo de los escultores del siglo XVI, de Donatello, de Miguel Angel, de Benvenuto Cellini, y que se refugia en la imitación de las obras hábiles pero muy académicas de Canova y de Bartolini, tiene también sus buenas cualidades, posee la gracia y la elegancia, y forma prácticos sumamente inteligentes. El nivel de este arte se halla pues en Italia mas elevado que el de la pintura, y la escultura, inspirándose enteramente de los modelos que ve en su derredor, no sufre la influencia extranjera.

El señor Guaccarini ha enviado á la Exposición un grupo de *Bacantes bailando*, que ha sido muy admirado; el señor G. Stazza, una buena estatua de *Ismael moribundo*, y el señor Benzoni una excelente figura de *Eva*. Vienen despues las estatuas de *Aristodemo* y de *Menecias*, por el señor Costoli; las de *María Magdalena*, del señor Santarelli; *Agar arrojada*, por el señor Bernasconi; *el Salvaje picado por la serpiente*, del señor Pirotti, obra de una vigorosa ejecución, y otras muchas que nos es imposible citar. Damos un dibujo de la *Flora* (estatua de la Primavera) del señor Vela, de Milan. Por esa niña de quince años que se pone tan naturalmente en la cabeza una corona de flores, el lector podrá juzgar con qué gracia y ligera habilidad el cincel del señor Vela corre sobre el mármol, *lambitur y marmor*. La *Lectora* del señor P. Magni que reproducimos igualmente, es la obra mas notable de la exposición de Florencia. Es también una jóven que va recorriendo las páginas de un libro apoyada en el respaldo de una silla. La posición es sencilla y natural; se conoce la atención con que está leyendo; los ropajes están bien entendidos. Toda esa obra que rebosa juventud, castidad y encanto, asegura al señor Magni un puesto entre los mejores escultores de la época.

Nos queda que hablar del monumento fúnebre de una



La Primavera, estatua del señor Vela, de Milan.



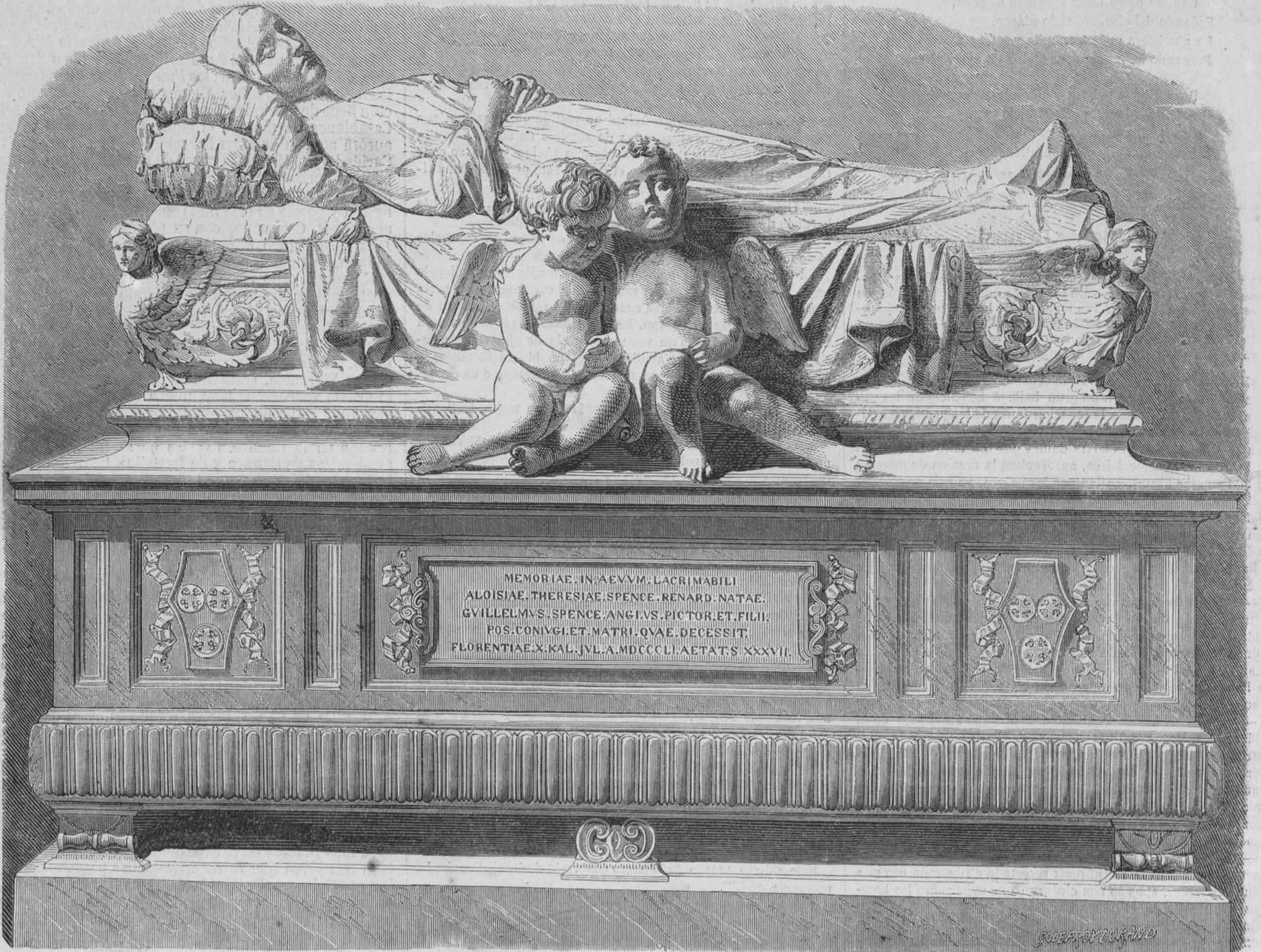
S. A. R. el príncipe de Carignan, presidente honorario de la Comisión régia de la Exposición de Florencia.

inglesa, *Teresa Spencer*, por Edoardo Fantachiotti. En la iglesia de Santa Croce, el panteón de la nobleza toscana, existe un sepulcro, el de la princesa Poniatowska, que es la obra maestra de Bartolini. El maestro ha inspirado al discípulo; pero no por esto el señor Fantachiotti ha dejado de conservar su carácter personal en su monumento, que ha compartido con la *Lectora* del señor Magni los principales honores de la Exposición de Florencia.

P. P.



La Lectora, estatua del señor Magni, de Milan.



Monumento fúnebre de Teresa Spencer, por el señor Fantachiotti.